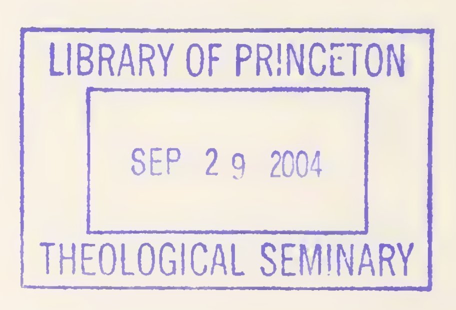
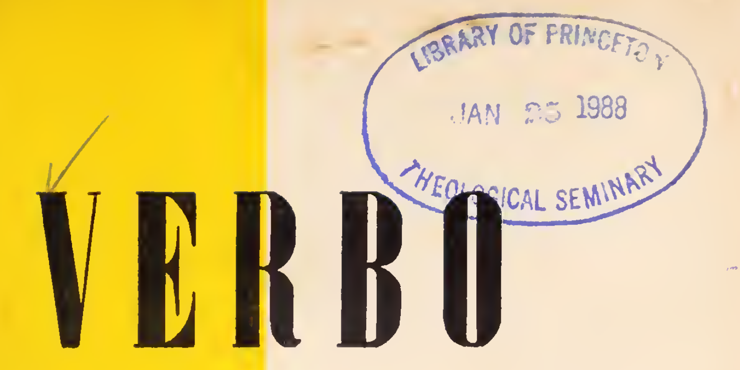




VERBO

En el principio era el Verbo

S. Juan 1, 1

Mayo-diciembre 1962

año IV — nº. 36

LA CIUDAD CATÓLICA

VERBO

ORGANO DE FORMACION DOCTRINARIA
de
LA CIUDAD CATOLICA

Mayo/diciembre 1962 — Año IV, nº 36

A nuestros colaboradores

A nuestros colaboradores de ayer y de hoy, a todos, amigos, adherentes y lectores, LA CIUDAD CATOLICA les hace llegar sus mejores votos en esta Navidad que se aproxima, en el nuevo año.

Que en este tiempo difícil, el Divino Infante nos conceda la santidad y el valor necesarios para trabajar sin descanso por su Reino social, para ser ejemplos de voluntades firmes y resueltas a hacer triunfar los derechos de la Verdad en nuestra Patria y en el mundo.

¡Feliz Navidad! ¡Feliz y santo 1963!

LA REDACCION.

Córdoba 679, esc. 710 - Buenos Aires, Argentina - Tel. 32-6343

Con las debidas licencias

Director: M. Roberto Gorostiaga

Precio del ejemplar: Rep. Argentina: $ 30.— m/n. Exterior: 0,30 dólares
Suscripción anual: Argentina: $ 300.— m/n. Exterior: 3 dólares
Suscripción extraordinaria: $ 1.000.— m/n o 12.— dólares

Cheques y giros a la orden de **LA CIUDAD CATOLICA**
Córdoba 679, esc. 710, Buenos Aires, Argentina

CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II

"La Iglesia siempre viva y siempre joven, sensible al ritmo de los tiempos, en cada siglo se adorna de un nuevo esplendor, expande nuevas luces, realiza nuevas conquistas, permaneciendo siempre idéntica a sí misma, fiel a la imagen divina impresa en su rostro por su Esposo Jesucristo que la ama y la protege". Y tal como lo expresa S. S. Juan XXIII en la Bula de Indicción promulgada en la última Navidad, hoy la Iglesia se adorna con nuevo esplendor y se dispone a escribir otra página relevante, decisiva en la Historia de la humanidad.

Veinte Concilios Ecuménicos son el testimonio irrefutable del soplo vivificador del Espíritu Santo en su obra.

El Concilio Ecuménico Vaticano II ha de contemplar celosamente las más diversas expresiones de la actividad humana: cuestiones teológicas, filosóficas, religiosas, de derecho social, canónico, disciplina eclesiástica, medios de cultura, de información, etc., etc., y el nuevo llamado a los alejados nos hacen abrigar grandes esperanzas sobre el advenimiento de "una nueva primavera en la Iglesia".

Varios Concilios tuvieron como objetivo acabar con la división entre los cristianos, mediante la conversión de los herejes y cismáticos: el de Lión (siglo XIII), el de Florencia un siglo y medio después, más tarde el trascendental Concilio de Trento y el Concilio Vaticano I que invitó a cismáticos y protestantes sin recibir respuesta. Los anhelos de Su Santidad han tenido en esta nueva oportunidad un eco promisorio y es indudable que el espectáculo maravilloso de la unidad en la Verdad y en la Caridad hará brillar a la Iglesia con tal luz a los ojos de los cristianos separados que, como afirma el Santo Padre, este espectáculo

contribuirá poderosamente para atraer a la comunidad católica a los que están fuera de ella.

En vez de una humanidad sin Dios, cimentada en el odio, el Concilio ha de proponernos una humanidad que reconozca individualmente y en sus instituciones los Derechos de Dios y de su Iglesia y afirmada en la caridad.

Confiemos pues en el Espíritu Santo. El y Nuestra Señora lo guiarán hacia el triunfo. Cooperemos nosotros, los que luchamos por un orden social cristiano, con oración y penitencia según el requerimiento de Fátima y llegará la hora de la victoria.

A Su Santidad Juan XXIII, al que toda la cristiandad debe este gesto grandioso de convocación del Concilio, el homenaje de veneración, de afecto y de obediencia filial de **La Ciudad Católica Argentina.**

LA REVOLUCIÓN

SU QUINTA COLUMNA

> "El laicismo subversivo de la religión, de la moral y de la sociedad es un mal tan grave que ninguna circunstancia ni ninguna hipótesis pueden dispensar de combatirle y Nos le combatiremos, puesto que es el deber de todos los verdaderos católicos y todos los ciudadanos patriotas; le combatiremos a riesgo de contrariar los cálculos y de incurrir en las censuras de ciertos liberales, católicos en su vida privada, pero siempre prestos a pactar con los peores enemigos del Estado y de Francia en su vida pública". — Cardenal ANDRIEU.

Después de un capítulo sobre la acción de las "tropas regulares" de la Revolución y siempre para hacernos una idea más exacta de los obstáculos que en la hipótesis actual, parecen impedir el triunfo próximo del reino social de Nuestro Señor Jesucristo, importa consagrar otro estudio a la acción de lo que no tememos denominar "quinta columna" de la Revolución.

Después de aquellos que se proclaman cínicamente adversarios del cristianismo, y obran como enemigos declarados del orden cristiano, no hay que olvidar los que, entre nosotros mismos, se comportan pérfidamente como agentes eficacísimos de la causa enemiga, tanto más temibles puesto que son más difíciles de desenmascarar, pues continúan siempre llamándose católicos.

Agentes más o menos conscientes —cuyo grado de res-

ponsabilidad no hemos de precisar, víctimas muy a menudo, de las ideas falsas que oscurecen más que nunca la atmósfera intelectual del mundo entero y que nosotros querríamos aquí más esclarecer que combatir, a fin de atraerles al solo servicio de Cristo-Rey— resultan, sin embargo, agentes no menos reales de la Revolución universal que siempre tuvo buen cuidado de favorecer en el seno del pueblo cristiano todos los elementos posibles de disgregación.

Empresa de corrupción interna de la cual, ciertamente, no es agradable hablar y en la que muchos se niegan a creer porque ignoran y olvidan todo acerca del drama que llena y llenará la historia hasta su último día: la lucha del Infierno contra Cristo y su Iglesia.

Por el contrario, en una magnífica carta pastoral [1], monseñor de Castro-Mayer nos enseña que, "hasta la consu-
" mación de los siglos, la Iglesia estará expuesta a los inter-
" nos brotes del espíritu de la herejía, y no hay progreso
" que, por decirlo así, la inmunice definitivamente contra
" este mal. Es superfluo demostrar que el demonio está
" empeñado en provocar tales crisis. El aliado que consi-
" gue introducir en las líneas fieles es su más precioso
" instrumento de combate. La experiencia actual demuestra
" que una quinta columna en toda guerra supera en eficacia
" a los armamentos más terribles. Estando ya formado el
" tumor en los medios católicos, las fuerzas se dividen, las
" energías que deberían ser utilizadas enteramente en la
" lucha contra el enemigo exterior, se agotan en discusiones
" entre hermanos. Y si, para evitar tales discusiones, los
" buenos hacen cesar la oposición, es mayor todavía el triun-
" fo del infierno, que puede, en el interior mismo de la Ciudad
" de Dios, plantar su estandarte y desarrollar rápida y fácil-
" mente sus conquistas. Si en una determinada época, el
" infierno cesara de intentar maniobra tan lucrativa, se
" podría decir que, durante esa época, el demonio había deja-
" do de existir... Estas causas son perpetuas y perpetuo
" también será su efecto. En otros términos, la Iglesia
" tendrá que sufrir siempre la embestida interna del espí-
" ritu de las tinieblas".

Nada más natural que la Revolución haya tenido cuida-

[1] 1953.

do de no abandonar esta táctica. Además, existen infinidad de datos que fuerzan al asentimiento.

En esto, los adversarios están de acuerdo una vez más; lo que la Iglesia ha denunciado está, en efecto, confesado, anunciado y recomendado por parte de la Revolución. La historia, a su vez, no deja de mostrar la inquietante persistencia de la maniobra.

He aquí, en primer lugar, por parte de la Iglesia, la observación que el cardenal Saliege nos hace [2]: "Todo ocurre " como si hubiese una acción orquestada por una cierta " prensa, más o menos periódica, por ciertas reuniones más " o menos secretas, que tienden a preparar, en el seno del " catolicismo un movimiento de acogida al comunismo. Exis- " ten los Jefes instigadores que conocen su objetivo y los " seguidores que son inconscientes y que se limitan a " marchar".

También monseñor Fulton Sheen, Obispo Auxiliar de Nueva York, en un discurso pronunciado en Santa Susana de Roma, denunció cómo, en 1936, los comunistas americanos recibieron consignas secretas para infiltrarse en todos los puestos de mando de la opinión pública. "Esto era igual- " mente el comienzo, precisa, de la implantación de las fuer- " zas comunistas en el seno de las comunidades religiosas " para destruirlas desde el interior. Fue lanzada una llamada " a voluntarios para entrar en las Ordenes y realizar estudios " en los seminarios, al precio de grandes sacrificios; monse- " ñor declaró igualmente que un agente revolucionario había " intentado instalarse en su propia oficina" [3].

"Según radio Vaticano, también se puede leer en los " periódicos cómo existe una de las secciones especializadas " de la Kominform que inunda actualmente la Europa Occi- " dental con falsos sacerdotes encargados de sembrar la " discordia entre los católicos exilados de la Europa Oriental. " Provistos de falsos pasaportes y de un curriculum vitae, " más falso todavía, precisa radio Vaticano, estos sacerdotes " fingiéndose evadidos de países satélites, intentan desmora-

[2] Conférence aux retraites ecclésiastiques de 1953.
[3] Cf. L'ancre des jeunes, núm. 9 (49, rue de Verneuil, París VII).

" lizar a los auténticos emigrados. Actuando al servicio de " la Kominform, estos falsos sacerdotes han aprendido a " decir misa y son capaces de sostener discusiones teológicas " de un nivel elevado, habiendo sido sometidos a una intensa " preparación en establecimientos especiales que a este efec- " to funcionan en la Unión Soviética. El número de estos " sacerdotes actualmente en Occidente sería de un millar" [4].

A la luz de estas diversas declaraciones, se asombra uno menos de la defección del padre jesuíta Tondi, profesor de la Universidad Gregoriana de Roma, el cual, en dos órganos revolucionarios, "L'Unita" y "El Paese", declaró haberse adherido desde hace largo tiempo al comunismo. Solamente tras sus declaraciones se supo que había tenido contactos frecuentes con Togliatti [5].

Pero escuchemos las confesiones de los revolucionarios:

Desde 1720, el deísta inglés Toland, en su **Pantheisticon**, escribía que "muchos miembros de las solidaridades socrá- " ticas se encuentran en París, otros en Viena, en todas las

[4] Citado en **Paternité**.

[5] Entre todas las denuncias de esta oculta maniobra, no hay otra más conmovedora que aquella de que el infortunado monseñor Thibault, obispo de Montpellier, fue a la vez agente y víctima. Habiendo conseguido Napoleón III arrancarle la promesa de trabajar por la resurrección del cisma galicano, se sabe que, conmocionado por esta aquiescencia criminal, se fué, inmediatamente, a confesar su debilidad y su arrepentimiento a los pies del Cardenal Morlot, arzobispo de París, y que la muerte vino a herirle un minuto después de su confesión.

En febrero de 1824, un tal don Andrés Gómez Somorrostro ¿no hizo, en la catedral de Segovia, su abjuración solemne de la Masonería? Presidente durante treinta años de la logia de esta ciudad, fue el mismo tiempo arcipreste y confesor de la reina Isabel.

Misterio de inquietud, pero que ya Pío y San Pío X denunciaron —el último sobre todo— en el momento de la crisis modernista. Cf., señaladamente en la encíclica **Pascendi**, párrafo 2: "los artífices del error, no hay que buscarlos hoy entre los enemigos declarados. Se ocultan en el seno mismo y en el corazón de la Iglesia y es un motivo de aprensión y de angustias muy vivas; enemigos tanto más terribles porque no lo son abiertamente..."; y párrafo 82: "Siguen su camino, reprendidos y condenados: siguen siempre disimulando una audacia sin límites... bajo apariencia mentirosa de sumisión. Prosiguen más audazmente que nunca el plan trazado... Les interesa permanecer en el seno de la Iglesia para así trabajar y modificar en ella poco a poco la conciencia general."

" ciudades holandesas, principalmente de Amsterdam, e in-
" cluso, asombrémonos, en la corte de Roma".

"Minar sordamente y sin ruido el edificio, escribirá " más tarde Federico II a Voltaire[6], es obligarle a caer por " sí mismo".

"Formar incesantemente nuevos planes, precisará Weis- " haupt[7], a fin de ver cómo se puede en vuestras provincias " apoderarse de la educación pública, del gobierno eclesiás- " tico, de las cátedras de enseñanza y de predicación".

"La Revolución en la Iglesia es la Revolución perma- " nente", proclamará Piccolo Tigre, miembro de la Alta Venta italiana, quien será, por tanto el autor de la fórmula que Trotzky tomara[8] unos ciento diez años después para expresar su ideal marxista de la revolución. Se sabe muy bien cómo en disputa con la Iglesia Romana la Alta Venta se especializó en intentar abatirla corrompiéndola desde adentro. "Italia está llena de cofradías religiosas y de penitentes " de diversos colores, decía Piccolo Tigre. No temais intro- " ducir algunos de los nuestros en medio de estos rebaños " conducidos por una devoción estúpida; que estudien con " cuidado el personal de estas cofradías y verán que, poco a " poco, no fallarán las cosechas... Reunid en un lugar u " otro, en las mismas sacristías o en las capillas, vuestras " tribus todavía ignorantes, ponedlas bajo el cayado de un " pastor virtuoso, acreditado, pero crédulo y fácil de engañar; " infiltrad el veneno en los corazones escogidos, infiltradle " a pequeñas dosis y, como por azar, dejad después a la " reflexión el resto; os asombraréis vosotros mismos de " vuestro éxito"[9].

Las consignas de la Instrucción permanente de la Venta Suprema invitarán incluso a apuntar más alto. Locura de un proyecto insensato que sólo se puede explicar por su ceguera, hija de un odio satánico contra la Iglesia. "Nuestro " objetivo final, se puede leer en él, es aquel de Voltaire y " de la Revolución francesa: el aniquilamiento para siempre

[6] Carta del 29 de julio de 1775.

[7] Código de los **Iluminès de Bavière** (1777). Cf. Barruel, **opus. cit.**, t. II, p. 243 (edición de 1819).

[8] La **Révolution permanente** (Rieder París, 1932).

[9] Carta de Piccolo Tigre a los miembros de la Venta de Turín (18 de enero de 1822) citada por Crétineau-Joly, **opus. cit.**, t. II, p. 120.

” del catolicismo, e incluso de la idea cristiana. El Papa, ” sea el que sea, no vendrá jamás a las sociedades secretas; ” a las sociedades secretas corresponde dar el primer paso ” hacia la Iglesia, con la finalidad de vencer a ambos. El ” trabajo que vamos a emprender no es obra de un día, ni ” de un mes, ni de un año; puede durar varios años, un siglo ” quizá, pero en nuestras filas el soldado cae pero el com- ” bate continúa.

“No tratamos nosotros de ganar los papas a nuestra ” causa, hacerles neófitos de nuestros principios, propaga- ” dores de nuestras ideas. Esto sería un sueño ridículo... ” Lo que debemos pedir, lo que debemos buscar y esperar, ” como esperan los judíos, el Mesías, es un Papa según nues- ” tras necesidades. Alejandro VI, con todos sus crímenes, ” no nos convendría, porque jamás erró en materia religiosa; ” un Clemente XIV, por el contrario, sería nuestro hombre ” de pies a cabeza...

“No dudamos llegar a este término supremo de nues- ” tros esfuerzos, pero ¿cuándo? pero ¿cómo? La incógnita ” no se despeja todavía...

“Ahora bien, para asegurarnos un Papa con las condi- ” ciones exigidas, es necesario primeramente modelar, para ” este Papa, una generación digna del sueño que nosotros ” anhelamos. Dejad a un lado la vejez y la edad madura, ” dirigíos a la juventud, y si es posible hasta a la infancia. ” No tengais jamás para ella una palabra de impiedad o de ” impureza... Debéis presentaros con todas las apariencias ” del hombre grave y moral. Una vez vuestra reputación ” asegurada en los colegios, en los institutos, en las universi- ” dades y en los seminarios, una vez que hayais captado la ” confianza de los profesores y de los estudiantes, haced que, ” principalmente aquellos que se alisten en la milicia cleri- ” cal, busquen vuestras conversaciones. En pocos años, ese ” joven clérigo, por la fuerza de las cosas, habrá ocupado ” todos los puestos; gobernará, administrará, juzgará, for- ” mará el consejo del soberano... Que el clérigo marche ” bajo vuestro estandarte creyendo siempre hacerlo bajo la ” bandera de los Jefes Apostólicos. Queréis hacer desapare- ” cer el último vestigio de los tiranos y de los opresores; ” tended vuestras redes como Simón Barjona[10]; tendedlas

[10] Es decir, Simón, hijo de Juan: San Pedro.

" en el fondo de las sacristías, de los seminarios y de los " conventos más bien que en el fondo del mar; y si obrais " sin precipitación, nosotros os prometemos una pesca más " milagrosa que la suya. El pescador de peces llegó a ser " pescador de hombres; vosotros, conduciréis amigos alrede- " dor de la Cátedra apostólica. Vosotros habéis pescado una " revolución en tiara y en capa pluvial marchando con la " cruz y la bandera, una revolución que no tendrá necesidad " más que de un pequeñísimo aguijonazo para prender el " fuego en los cuatro puntos cardinales del mundo".

Por insensatas que parezcan como táctica, el hecho es que existe un programa, propuesto como táctica, que podrá servir al menos parcialmente. Ciertas habilidades de la persecución en China o tras "el telón de acero" son tan semejantes a las maniobras descritas que no podemos rehusar considerarlas como hijas auténticas de estas inspiraciones de la Alta Venta. El principio de esta táctica está originado siempre por la idea de que la Iglesia romana, el catolicismo, son bloques demasiado sólidos para poder ser demolidos por simples golpes exteriores.

En el espíritu de la Instrucción permanente de la Venta Suprema, un pasaje de una carta de Charles Dollfus a la Condesa de Agoult [11], indica bien claramente el plan seguido por los sectarios: "Sólo el catolicismo puede devorar al cato- " licismo; una vez aplastada la cabeza, los miembros se dis- " persarán...; el monstruo se desmembrará para devorarse " a sí mismo. Sepamos esperar y no cantemos victoria antes " de hora; ella llegará...".

Y, de esta esperanza en una acción sorda que llegue a conseguir cambiar poco a poco el espíritu de la Iglesia desde su interior, sería posible señalar muchas huellas en mil escritos del siglo XIX. Un ministro protestante de Ginebra, el profesor Bouvier, lo explicaba bien claramente en **La Iglesia Libre**, diario "reformado" de Niza en enero de 1870: "En nuestra lucha contra el catolicismo, el catolicismo liberal " interviene, armado a la vez del prestigio de la antigüedad " de las doctrinas y de la novedad del espíritu..., sólo el " catolicismo liberal puede realizar la labor de reforma, de

[11] Del 11 de agosto de 1875, citada por Jacques Viet en Daniel Stern: Lettres républicaines du Second Empire. Documents inédits (Edit. du Cedre, 13, rue Mazarine, París).

" edificación viva que ha emprendido en el medio donde ha " nacido. El puro Evangelio (sic) cuando es llevado a las " masas católicas por manos protestantes está, por esto mis- " mo, comprometido, se hace sospechoso. El catolicismo libe- " ral tiene la oportunidad de encontrar un mejor acceso y " de penetrar un día más de prisa y más rectamente en el " corazón mismo de la plaza".

Se ve: es siempre la misma idea. Sueño tan normal como insensato de todos aquellos que ignoran a fondo sobre qué cimientos reposa la Santa Iglesia de Dios. Ilusión de la que los liberales fueron a la vez los agentes y las víctimas al comienzo del pontificado de Pío IX y de la que ciertas cartas de Gambetta parecen llevar todavía la marca de la época del advenimiento de León XIII [12]: Ilusión que más tarde provocará los sarcasmos de Anatole France, a la vez que los rabiosos insultos del renegado Charbonnel [13].

La intención de destruir la Iglesia desde su interior no será abandonada jamás. La célebre revista masónica L'Aca-

[12] Cf. Le coeur de Gambetta, p. 244. Lettres a Mille. Léonie, Léon, 20 de febrero de 1878: "Hoy será un gran día. La paz llegada desde Berlín y quizá la conciliación con el Vaticano. El nuevo Papa ha sido nombrado. Es éste el elegante y refinado cardenal Pecci obispo de Perusa, a quien Pío IX había intentado arrebatar la tiara nombrándole camarlengo. Este italiano, aún más diplomático que sacerdote, ha pasado a través de todas las intrigas de los Jesuítas y de los clérigos exóticos. Es Papa, y el nombre de León XIII que ha tomado me parece el mejor augurio. Saludo este acontecimiento lleno de promesas. No romperá abiertamente con las tradiciones y las declaraciones de su predecesor; pero su conducta, sus actos, sus relaciones valdrán más que los discursos, y si no muere demasiado pronto, podemos esperar un matrimonio de conveniencia con la Iglesia." ...Dos días más tarde, Gambetta escribía de nuevo: "Debo un reconocimiento infinito al nuevo Papa por el nombre que ha osado tomar; es un oportunista sagrado. ¿Podremos tratar con él nosotros? ¿Chi lo sa?, como dicen los italianos"... Hay que hacer notar que estas cartas son del mismo año que el famoso discurso de Romans, en el que Gambetta declaraba la guerra al "clericalismo".

[13] "La desilusión ha llegado, múltiple y tristemente cruel. León XIII ha condenado el neocatolicismo. León XIII ha condenado el Congreso de las religiones. León XIII ha condenado la Democracia cristiana (la del abate Daens en Bélgica) y reducido la otra (la del abate Garnier) a no ser sino una "tartufería" de democracia. León XIII ha condenado el americanismo sin reservas León XIII, "Papa liberal", es el Soberano Pontífice de los anatemas. Jamás ningún otro Papa ha anatematizado tanto en su vida."

cia, en su número de marzo de 1908, página 235, lo declara bajo una forma tan manifiesta como inesperada: "¿Por qué" —se puede leer— cuando tenga «La Croix» el monopolio" indiscutido de la dirección de los católicos, no nos apode-" raremos nosotros de ella, con el concurso de los judíos," de los protestantes y del Gobierno, adquiriendo sus accio-" nes? Se barrerá entonces toda la redacción clerical para" sustituirla por otra de librepensadores astutos que con-" servarán al principio el tono de la casa y después lo cam-" biarán poco a poco. Hacer evolucionar un periódico sin que" los lectores se aperciban, como un fabricante de chocolate" cambia su cacao, es la cosa más sencilla".

De hecho parece que concepciones semejantes no han sido siempre platónicas, como puede demostrarlo ese famoso asunto de **La France Catholique**, en los primeros años de nuestro siglo, referido por Copin-Albancelli [14], donde se vio un sacerdote publicando el diario que llevaba entonces este título con el dinero que le proporcionaba el presidente del Consejo, Clemenceau. "¿Cuál era el objetivo de éste? En-" gañar a los católicos, intentar apoderarse de la dirección" de su política creando, con motivo del asunto de los «Cul-" tuelles», una corriente que tenía a su cabeza, en apariencia," los hombres más honorables, los católicos más calificados," académicos, un vicepresidente de «L'Action Liberale». En" realidad, las declaraciones hechas por el abate Toiton ante" un tribunal han probado que este movimiento estaba ma-" quinado y ordenado no por el Jefe de la Iglesia, como se" pretendía hacer creer, sino por el Poder oculto que manio-" braba allí, como lo vemos actuar en otras circunstancias," por mediación de influencias individuales cuidadosamente" disimuladas". "¡No le perdáis! —decía Clemenceau, en-" viando los primeros diez mil francos al abate Toiton—," eso será un episodio pintoresco". "No se produjo el episo-" dio —concluye Copin-Albancelli—, pero en su lugar tene-" mos lo que vale más, la visión, en extracto, de toda la" acción masónica y del procedimiento-tipo de las fuerzas" ocultas".

¿Cómo el comunismo, que aparece hoy como la ola de asalto del inmenso ejército revolucionario, no se iba a dedi-

[14] **La conjuration juive contre le monde chrétien, p. 169 (Vitte, Lyon).**

car a este trabajo de disgregación interna? Tanto más que semejantes modos de proceder le son en cierta manera esenciales y se derivan directamente de lo que se pude llamar el espíritu de la acción marxista. Jean Daujat lo ha dicho muy bien: porque es un ateísmo práctico y no tanto doctrinal, "el marxismo no hará propaganda antirreligiosa más " que en el caso de ser esto útil a la acción revolucionaria"... Ahora bien: "la verdadera acción antirreligiosa del marxismo " no consiste en absoluto en combatir la religión desde fuera " por una propaganda contraria, consiste en suprimir la " religión desde dentro, en vaciar a los hombres de toda vida " religiosa y de toda concepción religiosa cogiéndoles y atra- " yéndoles por entero a la acción puramente materialista. " Habrá muchos casos en que para arrastrar a los cristianos " a esta acción puramente materialista y por ella, para va- " ciarles por el interior de todo cristianismo, será preciso " «tenderles la mano» y ofrecerles su colaboración" [15].

"No conviene —dice Galperine— presentaros a la ju- " ventud cristiana con proposiciones de lucha antirreligiosa; " esto sería un grave error psicológico" [16].

Así, pues, no debemos extrañarnos mucho de lo que se puede leer, por ejemplo, en "Le Monde" del 1 y 2 de diciembre de 1953, bajo el título "Dos espías van a ser juzgados en Lucerna": "Dos suizos Xavier Schieper (cincuenta y seis " años) y Rudolf Roessler (cuarenta y tres años), detenidos " en marzo de 1953 por haber transmitido informaciones mili- " tares a Checoeslovaquia..., comparecerán el lunes 2 de " noviembre ante el tribunal de Lucerna... Uno de los acu- " sados ha estado ya encarcelado en 1944 por haber traba- " jado a favor de una red de espionaje soviético durante la " guerra. Ha dirigido a continuación la Casa Editorial «Vita " Nova», que publicaba libros y panfletos anticomunistas " (¡?) y obras culturales cristianas. El otro es miembro

[15] Connaître le communisme, p. 37 (Editions La Colombe).

[16] "Pero —prosigue Galperine— es fácil arrastrarla tras algo, por la conquista del pan cotidiano, por la libertad, por la paz, por la sociedad ideal... En la medida en que nosotros atraigamos a los jóvenes cristianos a esta lucha por objetivos precisos, les arrancaremos a la Iglesia." A decir verdad, semejante método era ya aquél que recomendaba la Alta Venta cuando decía: "No hay que combatir (la religión) con frases, esto sería propagarla, sino que hay que matarla con hechos.'

” del partido comunista suizo y representaba en Praga la
” institución católica «Caritas»”.

Tales son algunos ejemplos sacados entre otros y que hemos escogido de diferentes épocas de la era revolucionaria para mejor señalar la constancia y la continuidad de la operación.

Hablar del trabajo eventual de una quinta columna en el seno de la masa cristiana no debe, pues, considerarse como signo de un espíritu triste, deprimido, víctima de una imaginación tenebrosa.

Cuando se ha comprendido el sentido del combate apocalíptico que es el de la Historia, se está muy lejos de asombrarse y se encuentra normal que la Revolución busque destruir a la Iglesia y al orden cristiano por el interior más aún que por el exterior.

Por lo demás, hay en el Evangelio, al final del diálogo de Nuestro Señor con Pilatos, una frase ante la cual nos hemos detenido cuando hemos estudiado esta escena de la Pasión [17].

“Tú no tendrías sobre mí ningún poder si no te hubiese ” sido dado de lo alto”, respondía Jesús al Gobernador, representante del poder civil. Pero el Salvador añade: **“Por ello ” aquel que me ha entregado a ti es reo de mayor pecado”** [18].

Más culpable es, pues, el Sanedrín, más culpables los escribas, los doctores de la ley, los príncipes de los sacerdotes, puesto que son ellos los que entregaron, efectivamente, el Señor al poder político, es decir, al César, al Estado. Más culpable Judas, pues él pertenecía al colegio apostólico. ¿Cómo negar que había allí un gran misterio?

Ciertamente, Jesús fue entregado al poder civil en aquel momento preciso de la historia del mundo, y lo fue por los representantes de un poder espiritual descarriado. Pero el hecho es que Jesús, en su Iglesia, Jesús, piedra angular de todo el orden cristiano, debía continuar, a lo largo de todos los siglos, siendo entregado a veces de la misma manera a la persecución de los diferentes Césares, de los diferentes regí-

[17] Cf. **supra**, 1ª parte, cap. 2.
[18] Cf. San Juan, XIX, 10-13.

menes, por la traición espiritual, intelectual, de una cierta tropa de escribas, pretendidos doctores de la ley, clérigos pasados a la herejía. Como si Dios quisiera mostrar por medio de ello que nada podría quebrantar la cristiandad si no es antes traicionado por algunos de los que deben ser sus defensores más competentes en doctrina.

Son siempre los heresiarcas, en efecto, los que han entregado a Jesús a las persecuciones de los diferentes Pilatos. Es siempre en el surco de las herejías en donde la sociedad cristiana fue más perturbada, la Iglesia perseguida, la realeza social de Jesucristo negada. Casi por todas partes, la herejía abre la marcha, proporcionando al orgullo o a la ambición del poder político el aspecto de doctrina susceptible de dar una apariencia de razón a sus ataques contra la Iglesia. Por su parte, la herejía como tal, resulta ser siempre una disgregación en el interior, una traición a Jesús por algunos de los suyos. "Más aún —no vaciló en escribir Sardá y " Salvany [19]; es históricamente cierto que no han dado que " hacer ni han medrado en siglo alguno las herejías que no " han empezado por tener clérigos a su devoción. El clérigo " apóstata es el primer factor que busca el diablo para ésta " su obra de rebelión. Necesita presentarla en algún modo " autorizada a los ojos de los incautos, y para eso nada le " sirve tanto como el referendo de algún ministro de la " Iglesia".

Y el hecho es que, de Novaciano a Arrio, de Lutero a Jansènio, es decir, de los príncipes bárbaros a los señores alemanes sublevados a la voz del monje reformador, sin olvidar al josefismo, sería fácil mostrar el orden social cristiano desmantelado por la traición previa de un cierto número de representantes de la autoridad intelectual o espiritual.

Traición de algunos clérigos en momentos en que éstos tenían casi el monopolio del pensamiento. Traición después de un mayor número de laicos desde que, bajo el impulso de la "filosofía separada", la vida intelectual del mundo no ha cesado de apartarse cada día más de las enseñanzas de la Iglesia.

Lección del Evangelio tanto como de la Historia.

Fue por la traición de los maestros del pensamiento

[19] **El liberalismo es pecado p. 149.**

por lo que Jesús fue entregado a sus enemigos. Es casi siempre un grupito de falsos doctores, de falsos maestros, escribas e intelectuales pervertidos el que inspira al poder político los argumentos más susceptibles de agitarle, de enloquecerle y empujarle de esta manera a crucificar al Señor.

Mientras reine la Verdad, mientras la auténtica doctrina de la Iglesia permanezca claramente conocida y fielmente difundida, al menos por las clases dirigentes, mientras sea enseñada sin atenuaciones ¿cómo podrá el Estado inquietarse ante una unanimidad intelectual que, lejos de amenazarle, favorecerá su tarea, aumentará su poder y aureolará su autoridad?

Mas tan pronto como el sofisma y el error vienen a romper la unidad del pensamiento cristiano, el Estado no tardará en sufrir la tentación de teorías engañosas que tienden, como casi todas las herejías, a separar, si no a oponer, lo natural y lo sobrenatural, el poder civil y el poder espiritual...

Quietistas, jensenistas, galicanos

Tal es el trabajo ordinario de las quintas columnas que se han sucedido a lo largo de toda la Era Cristiana.

Trabajo ejecutado más magistralmente desde fines del siglo XVII y a lo largo de todo el XVIII por las fuerzas que prepararon la Revolución. Jamás, en efecto, ésta hubiera podido triunfar si sus pioneros no hubiesen encontrado la criminal complicidad de una generación cristiana descentrada, sin doctrina, mal dirigida por un clero en muchas ocasiones desviado de Roma.

He ahí lo que fue, en cierto sentido, más nefasto que las blasfemias de un Voltaire y el libertinaje descarado de los mundanos. Francia era demasiado católica, los impíos hubiesen sucumbido inevitablemente en la lucha emprendida si, tanto en el fondo del santuario como a los pies de los tronos, no se hubiesen encontrado con auxiliares menos impacientes que ellos mismos.

Los Enciclopedistas hubiesen fracasado, si en el mismo siglo el jansenismo y el quietismo, aliándose tácita o claramente con el galicanismo laico, no hubiesen prestado a la filosofía una formidable palanca de subversión: Allí donde

el anticatolicismo declarado no hubiese penetrado jamás, reinaba de hecho el jansenismo, y a donde el jansenismo no había podido penetrar, hacía estragos la enervante influencia de las doctrinas de Fenelón y sus amigos.

Si fuese necesario dar una idea de la postración del pensamiento cristiano en esta época y de la parte que los mejores tuvieron en lo que fue una auténtica traición doctrinal, subrayaremos que, allí donde un Bossuet, llamado a dirigir la educación de un príncipe, había escrito un tratado de política sacado de las enseñanzas de las Sagradas Escrituras, un Fenelón le respondía con esa insulsez inconsistente y peligrosa —cualquiera que sean sus cualidades literarias— titulada: "Telémaco". Libro que, no se ha destacado bastante, se inserta rigurosamente tanto por los procedimientos de su composición como por el giro de las ideas... en la larga serie de esas obras de tipo de "Viaje a Utopía", donde tanto se ha recreado el pensamiento prerrevolucionario desde Tomás Moro a Campanella, de Campanella a Bacon, etc.

Si el buen sentido de Luis XV supo prohibir a su primogénito la lectura de las fantasías de monseñor de Cambrai, luego el futuro Luis XVI debía saturarse con ello, como una buena parte de la nobleza y de la "élite" de su tiempo. Y cuando se piensa que esta parte de la nobleza y de la "élite" hubieran debido ser, por sus conocimientos, deberes, indiscutibles virtudes, el ejército del orden verdadero y de la religión, no puede uno menos de aterrorizarse de los estragos que los desvaríos fenelonianos causaron en las filas de estas gentes, que, ciertamente, supieron morir con noble dignidad de víctimas, pero sin combatir, como, desde luego, hubiera sido su deber.

Cuando se sabe como procede la masonería "por influencias individuales cuidadosamente disimuladas", sin poner en duda la auténtica buena fe de Fenelón, no nos sorprendemos al encontrar entre sus amigos al hijo de un panadero de Edimburgo que se hacía llamar "caballero Ramsay" y que fue uno de los más hábiles artífices de los progresos de la masonería entre aquellos a quienes sus escrúpulos religiosos les hubieran puesto abiertamente contra la nueva ideología.

Efectivamente, cuando se conocen las maniobras, el tono general de los discursos o de los escritos de tal caba-

llero, está uno obligado a reconocer una perturbadora semejanza entre el ideal masónico predicado por Ramsay y el ideal social de Fenelón. No es extraño tampoco que las obras póstumas de este último hayan sido editadas bajo los cuidados del Escocés. Sin duda ninguna que su admiración por madame Guyón debió ser una de las razones de esta relación desagradable entre un príncipe de la Iglesia y un auténtico agente de la subversión [20]. Habría, por otra parte, mucho que decir sobre las ramificaciones que tuvo, en este momento, en toda Europa aquella corriente de iluminismo que la Iglesia condenó después bajo el nombre de "quietismo".

Habiendo dicho ya [21] qué abrumadoras responsabilidades tuvieron el jansenismo y el galicanismo en la preparación de la Revolución, es inútil volver sobre ello más extensamente. Pero resulta evidente que, si el término "quinta columna" merece ser empleado está bien aplicado a todos ellos.

Se ha hecho observar cómo el jansenismo fue la primera herejía cuyos adheridos rehusaron siempre separarse de la Iglesia, y puede decirse que, desde entonces hasta el modernismo y sus secuelas, tal ejemplo no dejará de ser seguido.

Doctrina de un Lutero de menor envergadura, pero de un Lutero no apostatando para mejor engañar a los ingenuos; el jansenismo, tránsfuga de la Iglesia, conservó la vestidura sacerdotal [22].

[20] No ignoramos nosotros que, para intentar disculpar al personaje, algunos le han presentado como un franc-masón al margen de la corriente principalmente subversiva y convertido, más tarde, al catolicismo por Fénelon mismo. Solamente que es sensible para esta tesis que Ramsay haya sido un amigo del famoso Désaguliers, el reformador de la Masonnería en el siglo XVIII, el padre de la Masonería moderna y el satánico animador de su deesarrollo en el mundo durante esta época. No lo olvidemos; en este orden y en este género de acción, aunque sea más célebre, un Voltaire mismo no es sino una débil comparsa con respecto a Désaguliers. Ramsay ¿no era, por otra parte, un fiel de el "Club de l'Entresol", donde se reunía con otros sectarios, y, señaladamente, con los jefes destacados: Bolingbroke y Walpole, etc.? Después de su muerte se tuvo la prueba dè que, aun jugando a los francotiradores, Ramsay había hecho bien el juego a la "Maçonnerie Bleue", que fue la más directamente hostil al catolicismo.

[21] Cf. el capítulo precedente.

[22] Opus. cit., t. I, p. 19. Cf. este pasaje de Joseph de Maistre:

Si algunas veces se le ocurrió al abate de Saint-Cyran dejar traslucir ciertos vagos deseos de renovación social, hay que confesar que los primeros sectarios del jansenismo se mostraron bastante circunspectos sobre este punto. Corresponde al oratorio Quesnel el disipar todo equívoco y el desarrollar lógicamente las consecuencias de los principios establecidos por la secta. Discutiendo el poder unido a la Sede de Roma, "es la Iglesia —escribe— la que tiene el " derecho de excomulgar, pero para ejercerlo los primeros " pastores lo hacen con el consentimiento, al menos supuesto, " de todo el cuerpo". Dicho de otro modo, precisaría uno de sus discípulos, el abate Legros [23]: "Los obispos, al recibir " de Jesucristo el poder de gobernar, lo reciben como minis" tros de la Iglesia para ejercer en su nombre este poder " cuya propiedad reside en todo el cuerpo". Y a este respecto, "ocurre con la autoridad espiritual, como con la juris" dicción temporal, que hay en una república". Así Lutero se encontró con nuevos seguidores: "Los obispos —decía el " fraile apóstata— y otros pastores no tienen por encima " de los otros cristianos sino su solo ministerio, que les ha " sido conferido con el consentimiento del pueblo. Que sepan " ellos, pues, que no tienen ningún derecho a darnos precep" tos si no tienen nuestra voluntad y consentimiento" [24].

Falsa concepción del poder eclesiástico lo mismo que del poder civil, que se encontrará en lo sucesivo subyacente

"Aunque, en la Revolución, la secta jansenista parezca no haber servido sino en segundo plano, como el lacayo del ejecutor, fue quizá el jansenismo quien dió los primeros golpes a la piedra angular del edificio por sus criminales innovaciones. Y, en este caso..., el que induce es más culpable que el que asesina... Si leemos los discursos pronunciados en la sesión de la Convención nacional, donde se discutió la cuestión de saber si el rey podía ser juzgado, sesión que fue para el mártir real la escalera del patíbulo, se verá cómo en esta cuestión opinó el jansenismo. Algunos días después solamente (el 13 de febrero de 1793, hacia las once de la mañana) yo oí, en el púlpito de una catedral extranjera, explicar al auditorio, a quienes él llamaba ciudadanos, las bases de la nueva organización eclesiástica: "Estáis alarmados, les decía, de ver cómo se ha dado al pueblo el derecho de elección; pero pensad que, hace poco tiempo, pertenecía este derecho al rey, quien no era, después de todo, sino un mandatario de la nación, del cual nos hemos desembarazado." (De l'Eglise Gallicane, Oeuvres, t. III, pp. 85 y 86.)

[23] En su obra: Renversement des Libertés gallicanes.

[24] De Captivitate Babylonis, t. II, p. 282.

en todas las doctrinas de las diversas "quintas columnas" que habremos de mencionar.

Se comprende bien cómo sobre este fondo ideológico iba a hacerse la unión de todos estos prerrevolucionarios: protestantes, jansenistas, no demasiado alejados, en suma, del democratismo aristocrático de los discípulos de Fenelón.

Se comprende sobre todo la acogida que semejantes teorías debían encontrar en una casta curialesca cuya fuerza tendía no solamente a oponerse cada vez más al poder real, sino a arrogarse la opinión de la nación y la defensa de las libertades galicanas. En adelante el frente será común.

Son significativos los argumentos que circularon al advenimiento de Luis XVI, y que un autor anónimo debía estigmatizar unos veinte años después en una obra, publicada en Francfort, titulada: **El sistema galicano convicto y confeso de haber sido la primera y principal causa de la Revolución.** Se puede aquí ver que desde esta época existían ya buen número de doctores para afirmar que el Estado como tal debe ser laico y para juzgar "pasada de moda" toda concepción "sacral" de la sociedad.

"Según los galicanos —se lee en este opúsculo—, el
" trono de los reyes cristianísimos no se fundamentaba ya
" sobre el trono de Jesucristo. No tenía más fundamento
" que la religión natural, el deísmo, ni otro sostén que el
" entusiasmo, que la opinión nacional, y el pueblo francés
" no debía ya ver y no vio más en su rey al sucesor de
" Clodoveo, Carlomagno, San Luis y el representante de
" Jesucristo, sino al sucesor de Fharamond, de Clodión y al
" representante del Dios de la naturaleza. Así los reyes cris-
" tianísimos fueron dispensados de ofrendar su cetro, su
" corona, todos sus derechos a Jesucristo; su consagración
" no fue más que una ceremonia inútil, que ya no signifi-
" caba nada, y los juramentos que prestaban en ella como
" súbditos de Jesucristo, como depositarios de su autoridad
" real, una vana fórmula que ya no obligaba a nada [25]. Y no

[25] "Así, cuando al advenimiento de Luis XVI, se trató de la ceremonia de la consagración, se deliberó en su Consejo si esta ceremonia debía celebrarse, de tal manera estaba considerada generalmente como inútil y superflua por los galicanos. No obstante, se decidió por la afirmativa, y Luis XVI fue consagrado; pero el predicador tuvo cuidado, durante la ceremonia, de prevenir contra las lógicas consecuencias que se podían sacar en favor de la realeza tem-

" solamente no debieron éstos ya nada, como reyes, ni a su " Iglesia ni a su religión, sino que no tuvieron ya, incluso " como particulares, ni que reconocer aquélla ni que profesar " ésta". Dicho de otro modo, y contrariamente a lo que había sucedido al advenimiento de Enrique IV, la profesión de catolicismo del Jefe de Francia no aparecía ya como la primera seguridad que el "príncipe" debía ofrecer para el gobierno de la nación. Bien es verdad que hoy se encuentra normal ver a la Hija Primogénita de la Iglesia gobernada por protestantes, judíos o franc-masones. Si alguno, no obstante, dijese hoy que el galicanismo no ha muerto, adivínese ya con qué sarcasmos se acogerían semejantes palabras. Para convencernos de esta supervivencia bastará leer, sin embargo, el primero de los famosos "cuatro artículos" de la demasiado célebre "declaración" del 19 de marzo de 1683.

¿Quién osará pretender que no se escucha ya el eco de lo que en ella se expresa? ¿Qué se dice? "Que San Pedro " y sus sucesores..., que toda la Iglesia misma, no han " recibido poder de Dios más que sobre las cosas espirituales " y que conciernen a la salvación, y en absoluto sobre las " cosas temporales y civiles, enseñándonos el mismo Jesu- " cristo que su reino no es de este mundo; y en otro lugar, " que hay que dar al César lo que es del César y a Dios lo " que es de Dios, y que así este precepto del apóstol San " Pablo no puede ser en nada alterado ni quebrantado". "Que toda persona esté sometida a los poderes superiores; " porque no hay ningún poder que no venga de Dios, y es " El mismo quien ordena los poderes que existen sobre la " tierra; por tanto, el que se opone a los poderes de la tierra " resiste al precepto de Dios". "Nosotros declaramos, en " consecuencia, que los reyes y los soberanos no están some- " tidos a ningún poder eclesiástico por orden de Dios en las " cosas temporales; que no pueden ser depuestos directa o " indirectamente por la autoridad de los jefes de la Iglesia; " que sus súbditos no pueden ser dispensados de la sumisión " y de la obediencia que le deben ni pueden ser absueltos

poral de Jesucristo y de la dependencia de nuestras leyes con respecto a esta realeza, anunciando claramente, en presencia del pueblo asombrado, y conforme a la doctrina galicana, que esta ceremonia no era en ningún modo obligatoria para el rey, ni esencial a su cargo." (Nota del autor anónimo.)

" del juramento de fidelidad, y que esta doctrina, necesaria
" para la tranquilidad pública y no menos necesaria a la
" Iglesia que al Estado, debe ser inviolablemente seguida
" como conforme a la palabra de Dios, a la tradición de los
" Santos Padres y a los ejemplos de los Santos...".

Ciertamente, la terminología es un poco anticuada, pues hoy no se oye hablar a nuestro alrededor de príncipes depuestos por el Papa ni de súbditos dispensados de su juramento de fidelidad. Con palabras aproximadas, no obstante, hay que admitir que la argumentación no ha cambiado apenas y que el texto muy equívoco de este primer artículo galicano podría, con sólo algún retoque, servir de profesión de fe a muchos católicos liberales, modernistas, sillonistas o progresistas como encontramos diariamente.

"Mi reino no es de este mundo... Dad al Cesar lo que es del César y a Dios lo que es de Dios". Fórmulas que sirven más que nunca para cortar la palabra a quien se esfuerce en recordar la doctrina no obstante clásica de los deberes del Estado hacia Dios. Ahora bien ¿cuántos ignoran que con la misma falsa interpretación de las mismas máximas los jansenistas y galicanos trabajaron en la obra de zapa del orden cristiano desde mediados del siglo XVII?

Sabido es lo que ocurrió al final del siglo XVIII, y no vamos a volver sobre ello [26], sobre los abusos que fueron los frutos evidentes de esta proliferación de doctrinas, ya llamadas modernas. "Se vio —hace observar Claudio Jannet—,
" en casi todas las logias establecidas en esta época, sacer-
" dotes y canónicos. Este hecho no se había producido aún
" desde la época de la fundación de las logias a mitad de
" siglo. ¿Acaso los sacerdotes galicanos ignoraban las cen-
" suras tan graves hechas por los Soberanos Pontífices, o
" bien hay que considerar su presencia en el seno de las
" logias como una prueba de la corrupción que en esta época
" había ganado a una parte del primer orden del Estado y
" la cual debía conducir a tantas defecciones al tiempo de la
" Constitución civil del Clero? Las dos explicaciones son
" verdaderas, una y otra según las personas...

"Son dolorosos de recordar estos detalles: pero la his-
" toria tiene sus derechos y sus lecciones. Siempre a los

[26] Hemos tenido ocasión de abordar este tema en un capítulo precedente Cf. "La Revolución", capítulo anterior.

" grandes crímenes precede alguna falta: los canónigos y
" los religiosos franc-masones son la explicación de los sacer-
" dotes juramentados y apóstatas" [27].

El "Cristo revolucionario" y la "Jerusalén nueva" de los liberales

Al menos, estos penosos recuerdos explican, no solamente la presencia de un excesivo número de clérigos entre los revolucionarios, sino también el empleo por estos últimos de fórmulas de carácter evangélico.

Rousseau, ciertamente, había indicado el camino. Y siguiendo su ejemplo, los "sans-culottes" y jacobinos se guardaron de subestimar la potencia terrible de equívocos tan propicios a inducir a error a los ingenuos... [28]

"Paridades blasfemas entre el Evangelio y la Revolución", exclamará San Pío X ciento veinte años después. Pero el hecho es que la blasfemia de tales paridades tuvo lugar desde el principio. En efecto, antes de que llegara a ser el "let-motiv" de Lamennais y de sus seguidores hasta nuestros modernistas, sillonistas y progresistas, esta manera de presentar las cosas fue la misma de los Weishaupt, los Camilo Desmoulins, los Marat, los Babeuf..., los carbonarios, etc.

"Nadie ha abierto a la libertad vías tan seguras como nuestro «Gran maestro Jesús de Nazaret»", había escrito

[27] Cf. Les Sociétés secrètes et la Société, t. III, pp. 43 a 47. Se podrá ver, por otra parte, en este mismo volumen que, si el mal fue profundo en esta época, hubo un cierto número de prelados que lo combatieron valientemente y a pesar de las persecuciones de que fueron víctimas con bastante frecuencia. Citemos, entre otros, a monseñor Biord, obispo saboyano, que supo hacer una guerra implacable a los frac-masones y, más particularmente, a los clérigos afiliados en las "logias". Citemos también a monseñor Conen de Saint-Luc, obispo de Quimper.

[28] Cf. monseñor Delassus, opus. cit., p. 519: "Dar al pueblo la convicción de que la doctrina democrática es la doctrina misma del Evangelio, la pura doctrina de Jesucristo y sobre todo llegar a convencerle de esto por medio de sacerdotes, sería con seguridad, el medio más ingenioso y el más infalible de hacer triunfar y permanecer para siempre la Revolución..."

ya Weishaupt, el satánico fundador de los Iluminados de Baviera. "Jesús..., primer «sans-culotte»", dirá Camilo Desmoulins; Graco Babeuf le reivindicará como un maestro de los "partidarios del reparto". Marat, más explícito, no temerá afirmar que "la revolución ha salido toda entera del Evangelio... Jesucristo es el maestro de todos nosotros". Proudhon hablará del "divino socialista", haciendo eco en esto al "nuevo cristianismo" de Saint-Simón. Pío VII, por su parte, en la Bula **Ecclesiam a Jesu-Christo** señalará que "los carbonarios afectan un singular respeto y un celo mara- " villoso por la religión católica, y por la doctrina y la " persona de Nuestro Señor Jesucristo, hasta la audacia a " veces de nombrarle su gran Maestro y el Jefe de su " sociedad".

"El Cristianismo —decía Edgar Quinet— permanece " encerrado en las tumbas hasta la hora de la Revolución " francesa, en que se puede decir que resucita, que toma " cuerpo, que se hace palpable, por primera vez, por la mano " de los incrédulos, en las instituciones y en el derecho. La " Iglesia había llegado a ser la piedra que encerraba el espí- " ritu en el sepulcro. Era preciso que esta piedra fuese " retirada".

Y podría extenderse la enumeración de las citas hasta nuestros días. Encontraríamos a Edouard Herriot afirmando en los funerales de Marc Sangnier que "si hay socialismos " más científicos, no lo hay tan persuasivo como el del " Evangelio".

Se advierte la intención.

En esta corriente de elogios dirigidos por los no católicos a un Evangelio o a un Cristo presentados como revolucionarios, un pasaje de Buchez, escrito en 1836, nos parece contiene lo esencial: "La Revolución francesa —afirma— es " la consecuencia última y la más avanzada de la Civiliza- " ción moderna; y la Civilización moderna ha salido toda " entera del Evangelio. Es un hecho irrecusable, cuando se " estudia la historia, particularmente la de nuestro país, y " cuando se analizan los acontecimientos y sus ideas motri- " ces. Todos los principios inscritos por la Revolución sobre " sus banderas y en sus Códigos, así como las palabras Igual- " dad y Fraternidad puestas a la cabeza de todos sus actos " y con las que justifica sus obras, llegan a ser un hecho

" incontestable, si se les examina y compara con la doc-
" trina de Jesucristo".

¿Cómo no había de llamar la atención tanta seguridad?

Si se entiende el sentido y si se piensa, por otra parte, en la reprobación expresada por la última proposición [29] del **Syballus**, no podemos dejar de asombrarnos ante la amplitud y la gravedad de tal oposición:

De una parte, el Vicario de Jesucristo condenando hasta la esperanza de una reconciliación entre el catolicismo y la civilización moderna salida de la Revolución...

De otra parte, los hombres de la Revolución invocando en su favor el Evangelio y pretendiendo que la civilización moderna ha salido de él.

¿Puede imaginarse contradicción más completa? [30].

¡Sin embargo, no es la más asombrosa!

Que ciertos revolucionarios entren en conflicto con la Iglesia a causa de la diversa interpretación de algunos pasajes del Evangelio, no es cosa extraordinaria, y se puede decir que, enemigos irreconciliables por otro lado, la Iglesia y la Revolución, se oponen por esto todavía más.

Pero que hombres reputados católicos y afirmándose como tales puedan mantener expresiones textuales semejantes a las que acabamos de transcribir, que estos hombres proclamen a su vez, como los adversarios más declarados de su fe y a pesar de las observaciones y condenaciones de la jerarquía eclesiástica, los pretendidos orígenes cristianos de la Revolución, he aquí lo que debiera asombrar mucho más.

¡Y que no vengan aduciendo que en este inmenso y tan

[29] Proposition 80 (condenada): "El Pontífice Romano puede y debe reconciliarse y transigir con el progreso, el liberalismo y la civilización moderna." (Alloc. **Jamdudum cernimus**, 18 de marzo de 1861.)

[30] Y que no se vaya a recriminar, como algunos osan hacerlo, la pretendida intempestividad de Pío IX. San Pío X, también, condenó la blasfemia (sic) de estas paridades entre el Evangelio y la Revolución. El mismo León XIII, que algunos no temen presentar como un Papa "liberal", ha sido, en este capítulo, tan severo como Pío IX lo había sido y como había de ser Pío X: "Que cada uno evite todo contacto —escribía el 8 de diciembre de 1892— con aquellos que se disfrazan bajo la máscara de la tolerancia universal, del respeto para todas las religiones, de la manía de conciliar las máximas del Evangelio con las de la Revolución, a Cristo con Belial, a la Iglesia de Dios con el Estado sin Dios."

complejo fenómeno de la Revolución esos cristianos admiran, en realidad, otra cosa diferente de la que provoca el entusiasmo de los revolucionarios! No, no es sólo por algunas ventajas accidentales, como, por ejemplo, la unificación del sistema métrico, por lo que alabarán la Revolución. La aplauden por lo que ella tiene de esencial, por su espíritu mismo, por su doctrina fundamental, por lo que causa el entusiasmo de los sectarios impíos, por su voluntad de secularización de la vida social, por su exclusión sistemática de lo que sus agentes han llamado el "principio teocrático", que es, en una palabra, arrojar a Jesucristo y a su Iglesia de todas partes.

Sí, es sobre esto y no sobre otra cosa en lo que se produce el acuerdo de los revolucionarios y de aquellos a quienes se puede llamar en términos generales católicos-liberales.

Las fórmulas de propaganda serán diferentes. Siendo manifiesta la impiedad de un lado, se comprende que del otro no se pueda hablar así.

Las dos corrientes, sin embargo, tienden al mismo fin. Los católico-liberales, de seguro, no exigirán la secularización de las instituciones y de la vida social por odio explícito de la religión. La propondrán y la presentarán como exigida por la "evolución" de la historia.

La fórmula tradicional del orden social (dicho de otra manera, lo que fue siempre designado por la Iglesia como la norma de las relaciones entre el poder espiritual y el poder temporal)..., una fórmula tal será presentada como habiendo tenido, en otro tiempo, quizá, su razón de ser, cuando los pueblos eran todavía niños. Pero hoy que estos pueblos han crecido y "tomado conciencia' 'de ellos mismos, el papel que la Iglesia había tenido en provecho de ellos, papel de madre —si no de nodriza y de directora—, pierde toda legitimidad. Y no solamente aquélla tiene que cesar de ejercer estas funciones, sino que ha de comprender que no debe procurar seguirlas ejerciendo. Lejos de resistir a la corriente revolucionaria que la aparta de todo, tendiendo a confinarla en un santuario alrededor del cual se hace el vacío, debe retirarse y eclipsarse ella misma.

Si creyéramos a estos nuevos doctores que continúan llamándose sus hijos y son a veces sus sacerdotes, la Iglesia

debe colaborar a su propia expulsión, reconociendo claramente que su papel de educadora de las naciones fue excepcional, fuera de sus atribuciones normales, que, la ley natural tanto como la sobrenatural, no justifican esto y habría bastado, como basta hoy, para el equilibrio del orden temporal, con crear un clima de fraternidad en el cuadro de una ciudad "interconfesionalista" con tolerancia moral y dogmática prácticamente ilimitada.

No hay duda ninguna, enseñarán siempre estos mismos doctores, que la Revolución difundiendo por el mundo este amor incondicional de la tolerancia para todos y para todo, a pesar de algunos excesos impíos sin importancia, ya que fueron debidos a movimientos de reacción ocasionales mucho más que a un espíritu de irreligión profunda... no hay duda que la Revolución ha hecho dar un nuevo paso a la humanidad, no ya, ciertamente, en el sentido de aquella cristiandad "sacral" de la Edad Media, la cual era "farisaica", puesto que en todo era exterior, como lo comprendemos ahora, sino en el sentido de la verdadera cristiandad, de esta "nueva cristiandad", donde todo será de tal manera purificado que las diferencias de religión no contarán nada, de manera que esta sociedad será llamada cristiana sin que sea necesario incluso que crea en Jesucristo.

Y a este mundo, del cual el Señor y Salvador habrá sido prácticamente arrojado, se tendrá la audacia de presentárnoslo como una nueva Jerusalén, obra maestra política y social de la elaboración histórica de los siglos cristianos, triunfo de la acción secreta, pero decisiva, al parecer, del fermento evangélico en las capas profundas de una humanidad que se encontrará así salvada incluso sin saberlo ni quererlo.

Con pequeñas diferencias de matiz, que se refieren a las formas de expresión y de imaginación mucho más que al fondo del pensamiento, tal ha sido y es lo que se puede llamar la dialéctica básica de todo el catolicismo liberal. Según los ambientes y las circunstancias, las consideraciones e imágenes serán modificadas y podrán añadirse a su vez algunas apreciaciones personales. Habrá, sobre todo, la gran diferencia entre lo que se dice y lo que se escribe. Los más hábiles, dándose cuenta de cómo esto hiere la auténtica doctrina de la Iglesia, sabrán evitar todo dogmatismo en

este aspecto y no avanzarán sus proposiciones más que como fórmulas de hipótesis. Los menos hábiles, que son, sobre todo, los más intempestivos, si no los más francos, confesarán su inclinación profunda hacia una manera de ver las cosas que ellos estiman ser la "verdad" al fin descubierta tras los vergonzosos procederes políticos y sociales que hasta la aurora del 89 han oscurecido, si les creemos a ellos ,la historia del occidente cristiano.

Para nosotros que no tenemos que sondear corazones, nos basta comprobar que la operación consiste, cualesquiera que fuesen o sean las intenciones de los que defendieron o defienden todavía concepciones parecidas o tácticas semejantes, en dejar el paso a la Revolución y a la Revolución en lo que ella tiene..., en lo que debería tener de más execrable para un alma cristiana o simplemente religiosa: el laicismo, el naturalismo político, el ateísmo social, la humanidad tomándose así misma como su propio fin, los "derechos del hombre" sin contrapartida de ningún deber y sobre todo sin contrapartida de deberes hacia Dios.

¡Qué escándalo el de esos cristianos que, de hecho, trabajan en entregar lo que el enemigo no llegaría jamás a arrancar si no hubiera encontrado en el interior de la plaza semejante complicidad! Complicidad cuya eficacia decisiva reconoce el mismo asaltante en el curso de una memorable sesión tras el voto de la "ley de separación".

—"Digo, señores —exclamó Briand, dirigiendo sus iró-
" nicas felicitaciones a sus colegas católicos del centro y de
" la derecha...—, digo, señores (que cuando una ley ha
" sido hecha con vuestra colaboración...)

—"No" —interrumpió Grousseau.

—"Señor Grousseau —replicó Briand—, no podemos negar
" que, si los adversarios de la Separación, que eran muy
" numerosos en la Comisión, nos hubieran dicho desde el
" principio: «Proponéis una cuestión que nosotros como cató-
" licos no tenemos el derecho de discutir, vais a legislar
" sobre una materia en la que nosotros no somos competentes
" para juzgar y nos retiramos», hubiese sido imposible para
" nosotros elaborar nuestro proyecto de ley".

Y esta corriente de complicidad evidente, más o menos consciente sin duda, pero de una eficacia cierta, que, por conveniencias de redacción no hemos llamado hasta aquí más

que por el nombre de "catolicismo liberal", ahora, en una descripción más minuciosa, es necesario decir, cómo existió y cómo permanece múltiple y persistente, a pesar de las numerosas condenaciones con las que los Soberanos Pontífices la abrumaron.

A ejemplo del jansenismo, su abuelo, se supera en sustraerse a los golpes que recibe y en rehacerse cuando se la podría creer aniquilada.

Los jansenistas del siglo XVIII, si bien contribuyeron poderosamente al triunfo de la Revolución, tenían, al menos, la excusa de alimentar muchas ilusiones sobre lo que debía ser aquélla e ignoraban los excesos abominables que llegaría a originar.

¡Nada parecido puede alegarse a favor de los católicos-liberales! Para ellos, como para todos desde entonces, existe la lección del 89 y del 93. La Revolución se ha producido y sus enseñanzas son evidentes. Y no solamente la Revolución ha tenido lugar, sino que se desarrolla y se prosigue en el mundo, arrojando por todas partes las olas de sus consecuencias inexorables de laicismo y de secularización metódica, es decir, de persecución sangrienta o larvada...

Los católicos liberales no permanecerán menos firmes en sus convicciones. Ni las Encíclicas, ni la evidencia de lo que ellos están bien obligados a llamar como los otros la descristianización general de la sociedad, han conseguido, iluminarles.

Su flujo victorioso avanza como el mar acompañado de los gritos insolentes y burlones de un triunfo incontestable [31]. Espectáculo que constituye la más espantosa, la más insidiosa de las tentaciones para quienquiera que careciese de fe y tendiera a dudar, aunque no fuese más que un instante, de la coherencia y de la permanencia de la verdad de las enseñanzas romanas sobre estas cuestiones desde hace más de un siglo.

[31] Cf. estas líneas del **Figaro Litteraire** (14 de agosto de 1954). Artículo de A. Billy: "Me dicen que algunos católicos han presentado en los tribunales de Roma una demanda de rehabilitación de Lamennais. No creo que esto sea serio... Ciertamente, las tendencias de «L'Avenir» no serían ya condenadas en nuestros días; incluso han llegado a ser las tendencias oficiales de la Iglesia; Lamennais, hoy, si al menos hubiese permanecido, en cuestiones de fe, en el punto en que él estaba en 1832, sería tal vez cardenal..."

Su progresión no ha cesado e incluso los excesos más impíos de una Revolución cada vez más invasora no les ha hecho abandonar en nada su voluntad de unirse a ella. Siempre dispuestos a abrumar con juicios severos los pasos más rectos de sus hermanos en Cristo y hasta la conducta más general de la Iglesia en el pasado, poseen tesoros de indulgencias y mil razones perentorias para excusar a los incendiarios de las Iglesias de España y de otras partes, a los desenterradores de carmelitas y a los verdugos de millones de mártires.

Después de Lamennais y "L'Avenir", condenados por Gregorio XVI ya en 1831, han sido de nuevo condenados incansablemente por Pío IX, bajo el nombre de "católicos liberales", por León XIII bajo el de "el americanismo", por San Pío X bajo la cubierta del "modernismo" y del "sillón", por Pío XI bajo el aspecto de lo que llama en **Ubi Arcano Dei** "modernismo jurídico y social" y, por fin, en nuestros días, bajo la etiqueta de "progresismo".

Una corriente que abre el camino a la Revolución: el "catolicismo liberal"

Por lo tanto podemos decir que desde hace más de un siglo existe en el seno mismo de la Iglesia una corriente continua y cada vez más fuerte que prepara el camino a la Revolución: ¿Cómo extrañarse, por tanto, de los progresos de aquélla en el mundo?

"Existe un mal peor y más mortífero que la persecu-
" ción, ha dicho San Cipriano, es el envenenamiento pérfido
" de la mentalidad". Y Bossuet, comentando el **Apocalipsis,** señalaba en la Iglesia dos clases de persecuciones: "La pri-
" mera tiene sus comienzos bajo el Imperio romano, en la
" que la violencia prevaleció; la segunda, al fin de los siglos,
" y será el reinado de la seducción".

Ahora bien ¿qué seducción más peligrosa que la de los católicos diciendo, como los peores enemigos del orden cristiano, que la Revolución es hija de Cristo? Error abominable, escribía Blanc de Saint-Bonnet, el de atribuir a Dios el fruto de la perversión de los hombres y, a hombres perversos, los frutos que nos vienen de Dios. "Esta será la piedra
" contra la que tropezará la época, proseguía el autor de «La

" Légitimité». Y el espejismo es tal que muchos entre los " más sabios no saben todavía dónde fijar su espíritu".

Lamennais

Es a Lamennais a quien incumbió, después de las crisis agudas de la persecución revolucionaria, el triste honor de dar a esta corriente detestable un impulso decisivo. Del mismo modo que San Pío X reprochará más tarde a los animadores de "Le Sillon", Lamennais está falto también de formación doctrinal: "Insuficientemente armado de ciencia his- " tórica, de sana filosofía y de sólida teología para afrontar " sin peligro los difíciles problemas sociales hacia los que " era arrastrado", había además admirado excesivamente a Rousseau en su juventud, y se puede decir al hablar de él esta frase de Lacordaire: "Era un hombre en el aire, en " todos los aspectos" [32].

Se había presentado primeramente combatiendo los principios subversivos. A la larga, se hizo evidente que jamás la Iglesia podría consentir ser defendida al precio de tal proceder. Lamennais fue, a decir verdad, mucho más antigalicano que auténticamente ultramontano.

En sus comienzos, ciertamente, viéndole confundir bajo un mismo anatema a los sofistas, al protestantismo y a la Revolución, las inteligencias o más bien los corazones, prontos a dejarse seducir, aceptaron al escritor como un vengador predestinado de la Iglesia, y del nombre cristiano. Se aplaudía su energía, se exaltaba su talento, se acusaba de ingratitud, de injusticia, de celos quizá, a algunos sabios que, sin dejarse llevar por la corriente de las admiraciones, juzgaban con suspicacia, las tendencias perniciosas todavía contenidas

[32] "Su vida había sido mal preparada: nada de educación regular, nada de estudios guiados por una autoridad jerárquica; una habitación, libros, una lectura asidua de todo lo que caía en sus manos, el abandono precoz a su propio espíritu, algunas semanas de seminario, todo lo más. A la verdad, ignoraba en teología cosas muy vulgares: tales, por ejemplo, como los fundamentos de la distinción entre la naturaleza y la gracia. Este defecto básico de su formación intelectual había dejado en él lagunas que no se colmaron jamás... Su inteligencia, viciosa en sí misma, por falta de flexibilidad, no había encontrado en su vida puntos de apoyo capaces de sostenerla. Era un hombre en el aire bajo todos los aspectos." (Lacordaire.)

en el huevo... Estos intelectuales, en efecto, no tenían muchas dificultades para hacer observar la indigencia de la argumentación lamennesiana, incluso en sus mejores intenciones. Su doctrina de la supremacía pontificia era tan ruidosa como poco fundamentada en sus verdaderos argumentos, y el mismo galicanismo eclesiástico, si no el más legítimo, sí el más inofensivo, no aparecía bajo su pluma más que en un estado de herejía o de estupidez. En una palabra, no era más que por su aspecto destructor como Lemennais sobresalía.

Los más sombríos presentimientos podrían abrigarse desde entonces.

Mucho antes de la condenación de "L'Avenir" [33], León XII maniestaba temores verdaderamente inspirados y de los cuales el Cardenal Bernetti transmitió el eco al duque de Laval-Montmorency en una carta del 30 de agosto de 1824.

"Tenemos aquí, en Roma, al abate de Lamennais, escri-
" bía el ilustre Secretario de Estado, y encuentro que no
" responde en moda alguno a su inmensa reputación... Tie-
" ne en su fisonomía y en su porte algo de mezquino y de
" torpe que molesta... En una de mis primeras audiencias,
" el Santo Padre me preguntó si le había visto y lo qué
" pensaba de él. No queriendo adelantarme sobre este asunto
" y habiendo oído decir que el Papa se mostraba bien dis-
" puesto hacia él, respondí ambiguamente. Pronto he que-
" dado estupefacto, cuando el Santo Padre, con voz pausada
" y casi triste me ha dicho: «¡Bien! Le habremos juzgado
" Nos mejor que nadie. Cuando le hemos recibido y conversa
" do con él, nos hemos aterrorizado. Desde ese día Nos tene-
" mos sin cesar ante los ojos su faz de condenado...» El
" Santo Padre me dijo esto tan seriamente que no he podido
" menos de sonreír. «Sí, añadió mirándome, sí, este sacer-
" dote tiene una faz de réprobo. Hay algo de heresiarca en
" su frente...». No he podido hacer cambiar al Papa de
" semejante idea...".

Así, desde 1824, León XII le hacía partícipe al Cardenal Bernetti de los más sombríos presentimientos, sobre aquél que no había llegado aún a ser el padre del catolicismo liberal. Algunos se asombrarán quizá del rigor de este juicio

[33] ...por Gregorio XVI (15 de agosto de 1832).

papal, pero como se ha hecho ya observar, tres años después y cuando las cosas estaban todavía en el mismo estado, un simple seglar, Villemain, confirmaba a su manera, la sentencia del Soberano Pontífice, ateniéndose tan sólo, sin embargo, al punto de vista literario.

En su "Cours de Littérature française" [34], hablando de la influencia de Rousseau sobre los más grandes espíritus del siglo XIX escribe: "Aquella [influencia] se percibe en " uno de los más vehementes contradictores que sus escritos " hayan encontrado en nuestros días. El célebre autor de " «L'Indifférence», en su lógica atrevida y tajante, en su " estilo impetuoso y elaborado, ofrece más de un rasgo " de semejanza con el pintor del «Emile», del cual él quizá " ha alabado demasiado la elocuencia seductora.

"En cuanto al fondo mismo de las opiniones, si el sacer- " dote del siglo XIX refuta, con una gran altura las contra- " dicciones y la insuficiencia del teísmo de Rousseau, se " apercibe, sin embargo, yo no sé qué predilección en la hos- " tilidad misma. Se reconoce la lección oratoria del maestro " en los rudos golpes que le da el alumno y se perciben " incluso sus enseñanzas filosóficas en algunas opiniones " atrevidas, rebeldes, que este alumno guarda aunque se " humille ante la fe. Se percibe que el elocuente apóstol " de la autoridad ha sido asiduo lector del «Contrato Social» " y que este ardiente espíritu podría pasar todavía de un " extremo a otro".

Así, el demonio de la Revolución consiguió apoderarse de aquél a quien primeramente había viciado la inteligencia.

No vamos a repetir aquí ni la historia, ni la condenación de "L'Avenir", ni la apostasía, ni el lastimoso fin de Lamennais.

Se ha dicho de él que fue "monárquico como Bonald, " papista como De Maistre, borbónico como Châteaubriand, " partidario de la Liga como los Guisa". Pero, imagen viva del ángel caído, aparece despojado de todo lo que había constituido su grandeza. El doctor, el teólogo, el apologista, desaparecieron. No quedó más que el revolucionario, apóstol del diabólico evangelio del hambre comunista.

[34] **Tableau du XVIII siecle, t. II, p. 523 (Edit. 1827).**

Si su apostosía rompió el encanto por el cual tantos jóvenes habían sido seducidos, no fue menor el mal causado por la confusión sembrada abundantemente en los espíritus.

Cuántos, a partir de esta época, debieron pensar lo que expresaba André Billy en un reciente número del "Figaro Littéraire"[35]: "¡Si al menos Lamennais hubiese permanecido " en cuestiones de fe en el punto en que estaba en 1832¡" año de su condenación, sin embargo. Ante el exceso de su rebeldía, sus mismos amigos le abandonaron tanto más cuanto aquella rebeldía venía a justificar una condenación que, no obstante, le había precedido y que, en sus argumentos fundamentales, hubiera permanecido válida, incluso, aunque Lamennais se hubiese sometido y enmendado con la mayor humildad.

Sus discípulos se apartaron de él. Sin embargo, como hace observar Cretineau-Joly[36] "la herida que habían reci-" bido no se cicatrizó tan rápidamente. En sus obras La-" mennais había deslizado doctrinas tan contradictorias y " principios tan opuestos que la manifestación del arrepenti-" miento no bastaba por sí sola a calmar tantos tumultos " interiores. Sus discípulos, tanto clérigos como seglares, " obispos o sacerdotes, oradores o escritores, habían escapa-" do del incendio; sin embargo, no dejarán por eso de aspirar " el humo: la influencia del maestro se propagará por medio " de ellos y a pesar de ellos. Ellos restringirán la contro-" versia a algunos puntos juzgados sin gravedad que el jefe " de la secta había extendido desde los puntos más elevados " hasta las cuestiones más elementales". El tono fue menos violento, las fórmulas más hábiles. Muchos estimaron que no era preciso más para volver a la ortodoxia.

En realidad, la gran ilusión y, por tanto, el gran error de una Revolución presentada como evangélica por esencia, de una Revolución no esencialmente irreconciliable con el catolicismo, debía permanecer vivo en la mayor parte de los espíritus.

Al enseñar que "la Revolución dio al catolicismo un " segundo nacimiento", Lamennais había hecho suyo desde entonces y lo hizo adoptar a sus discípulos el más insidioso argumento lanzado por el enemigo. La confusión de los

[35] Número del 14 de agosto de 1954.
[36] Opus. cit., t. II, p. 348.

espíritus en esta época, su falta de formación doctrinal, iban a permitir al execrable sofisma, tan pronto como fue tomado de nuevo por los católicos, realizar una de las más grandes catástrofes intelectuales que puede ofrecer la historia.

Sumamente hábil para disimularse bajo fórmulas pías o bajo proposiciones generosas propicias a exaltar las imaginaciones, pero no resistente a un examen serio de la razón y de la fe "el movimiento suscitado por «los hombres de " L'Avenir»", diremos nosotros para hablar como François Mauriac [37], debía inaugurar esa serie de "slogans" equívocos bajo cuyo signo se ha realizado, de hecho, desde ya hace más de un siglo, la secularización de la sociedad y la apostasía de las naciones.

Estragos del "catolicismo liberal"

Desde sus comienzos, el mal y el malestar aparecieron, y tanto más cuanto que un cierto hábito no había adormecido todavía la atención como de hecho ocurre hoy. Síntoma claro de gravedad, el clero mismo fue dolorosamente afectado.

El 4 de agosto de 1845, el Cardenal Bernetti escribía a uno de sus amigos: "Nuestro joven clero está imbuido de " doctrinas liberales... los estudios serios están abandona- " dos... los jóvenes se preocupan muy poco por llegar a " sabios teólogos... Son sacerdotes pero aspiran a llegar " a ser «hombres», y es inaudito todo lo que mezclan bajo " este título de hombre, que preconizan con un énfasis bur- " lesco... Pero esta perversión «humana» de la juventud " no es lo que preocupa y atormenta más aquí. El nuevo " clero que, lógicamente va cubriendo cada vez más cargos " eclesiásticos está mil veces más tocado por el vicio liberal".

Se nota verdaderamente que por todas partes, la Alta Venta está principalmente dedicada a su tarea especial de atraer los clérigos hacia la Revolución. "No disponía, ob- " serva Cretineau-Joly [38], más que de una parte mínima

[37] Cf. Le Figaro del 3 de octubre de 1945. **Les origines d'un Mouvement**: "En el interior mismo del cristianismo, el movimiento suscitado por los hombres de «L'Avenir» no ha cesado nunca de manifestarse... Ha sido necesario, pues, más de un siglo para que al fin florezca."

[38] Opus. cit., t. II, p. 367.

" del clero; pero esta parte era la más activa". Raros son los centros de agitación donde no aparezcan sacerdotes en primera línea, sobre todo en Italia. "En medio de todos " estos partidos, escribía un agente de las sectas, hay otra " división. Me refiero al clero para el cual Gioberti es lo " que Mazzini para el partido italiano. Gioberti, sacerdote, " habla a los sacerdotes su lenguaje, y yo os diría que nos " llegan noticias de todas partes de que en las filas del " clero secular y regular, las doctrinas de libertad, y el papa " a la cabeza de esta libertad y de la independencia italiana " son un pensamiento que seduce a muchos hasta tal punto " que están persuadidos que el catolicismo es una doctrina " esencialmente democrática. Este partido crece cada día " más entre el clero" [39].

Y el mal no estaba solo al otro lado de los Alpes.

"Las Iglesias de Francia, de Alemania y de Bélgica se " encontraban infestadas. Jóvenes sacerdotes, alimentados " de orgullo en la escuela de Lamennais o de Saint-Simón, " aspiraban a regir el mundo desde lo alto de su humil- " dad... y torturaban las Sagradas Escrituras para extraer " fórmulas revolucionarias" [40].

Los "católicos liberales" contra el Papa

Al comienzo del pontificado de Pío IX se vio a qué detestable confusión tenía que conducir tanta locura.

Se sabe que a su exaltación al trono de San Pedro y como para demostrar la mentira de los sectarios, el Papa del Syballus (a quien tal vez nos será dado ver pronto en los altares) quiso, en un esfuerzo supremo, hacer todo lo posible para que a los ojos de los humildes, las calumnias de la Revolución contra la Iglesia y el gobierno del Rey-Pontífice aparecieran al menos sin objeto, y que así no se pudiera decir que en horas tan graves, el más alto poder espiritual de la tierra obedecía en primer lugar a ambiciones temporales o a alguna ideología específicamente política.

[39] Citado por Crétineau-Joly, opus. cit., t. II, p. 393. Hacia esta época la bienaventurada Ana-María Taïgi refería esta visión: "Veo que se arruina y que se ahoga la religión tan hábilmente que apenas si queda un centenar de sacerdotes que no hayan sido seducidos..."

[40] Ibíd., t. II, p. 372.

Fue el período llamado "liberal" de este pontificado. Pío IX, como César, según testimonio de Plinio, se mostró entonces simplemente "clemente hasta verse obligado a " arrepentirse".

Una amplia amnistía inauguró su reinado y bien pronto, el nuevo Papa autorizó diversas reformas gubernamentales, que fueron juzgadas revolucionarias, aunque no tenían otro fin que el apaciguamiento de los espíritus por el otorgamiento de todo aquello, que una obvia prudencia política obligó a conceder, incluso a las viejas monarquías, para calmar las pasiones del momento.

El pueblo se regocijó, pero la Revolución se aprovechó de estas manifestaciones para volverlas contra la Iglesia. Esta fue, según palabras irónicas de Cretineau-Joly, "la insurrección de los arcos de triunfo" porque las mismas alabanzas dirigidas al Pontífice lo fueron de tal suerte y en términos tales que constituían el más bajo insulto a Pío IX.

¿No venían soñando las sectas con una revolución con "capa magna y tiara"? Pensaron sin duda forzar la mano del Vicario de Jesucristo, actuando y haciendo actuar como si la cosa estuviere efectivamente en vías de realización, y procuraron hacer a Pío IX prisionero de sus aclamaciones. Todo lo que él hacía u ordenaba era bien pronto comentado y exaltado "revolucionariamente". Tras la consigna lanzada por las logias, una tempestad de hosannas surgió al mismo tiempo de todos los puntos del globo. Con un extraño desprecio de las tradiciones sagradas, se pretendía hacer de Pío IX una especie de Pontífice aislado, de papa sin predecesor... Todo al martilleante grito de: "¡Viva Pío Nono, " solo!".

Se comprende cuál fue su dolor. Este invadió su alma. "Es el Domingo de Ramos que precede a la Pasión", repetía. Sus pretendidos admiradores ¿no llegaban hasta reclamar de los sacerdotes y del papa la secularización (!) de la Iglesia y su liberación del yugo sacerdotal?

Pío IX se armó de paciencia, multiplicó instrucciones y advertencias. Pero fué tiempo perdido.

Ya el 11 de febrero de 1848, en el momento en que una multitud ebria de revolución, le aclamaba en su balcón del Quirinal, se lanzó, como un verdadero ultimátum, el grito: "¡No más sacerdotes en el Gobierno!" Y el Papa hubo de

responder en el acto con estas palabras de autoridad soberana: "¡No puedo! ¡No debo! ¡No quiero!" ("¡Non posso! "¡Non debbio! ¡Non voglio!").

Tres frases que resonaron como un juramento.

Pío IX las mantuvo, sin arrogancia, pero sin temor, el 27 de abril siguiente en ocasión de la reunión del Sacro Colegio en Consistorio secreto. En una alocución admirable, el Papa desahogó su alma y desconcertó a sus detestables aclamadores.

"Más de una vez —exclamó— venerables hermanos Nos " hemos protestado ante vosotros contra la audacia de algu- " nos hombres que no se han avergonzado de injuriar a Nos " y a la Santa Sede diciendo que Nos nos habíamos apartado " no solamente de las santísimas instituciones de nuestros " predecesores, sino además (horrible blasfemia) de algunos " puntos capitales de la Iglesia. Hoy todavía se encuentran " gentes que hablan de Nos como si fuésemos el principal " autor de las conmociones públicas que en estos últimos " tiempos han turbado varios países de Europa y particular- " mente Italia... Creemos, pues, que es nuestro deber pre- " venir el escándalo que hombres inconsiderados y demasiado " sencillos podrían sufrir con ello y rechazar la calumnia " que no alcanza solamente a nuestra humilde persona, sino " cuyo ultraje remonta hasta el supremo apostolado del " que Nos estamos investidos y recae sobre la silla apos- " tólica".

"Nuestros detractores no pudiendo presentar ninguna " prueba de las maquinaciones que nos imputan, se esfuer- " zan en sembrar sospechas sobre los actos de la administra- " ción temporal de nuestros Estados. Para quitarles hasta " este pretexto de calumnia contra Nos es por lo que Nos " queremos, hoy, exponer clara y abiertamente ante vosotros, " el origen y el conjunto de todos estos hechos...".

Acto espontáneo pero necesario del Rey-Pontífice, esta alocución rasgó todos los velos, desenmascarando la perversidad de los malvados como las peligrosas y excesivas admiraciones de los tontos. Habiendo sido frustrados los manejos de los revolucionarios, puede adivinarse su furor. Mientras se producían las pantomimas grotescas del abate Gioberti, un monje convertido en comunista, el padre Gavazzi, y un tribuno de café, Ciceruacchio, rugían con feroces llamadas

a las armas. Y, lo mismo que había bastado una simple consigna de las logias para movilizar al extranjero para una campaña de aclamaciones dirigidas hacia un Papa proclamado "liberal", de igual manera el extranjero movilizado una segunda vez pero para el insulto, se hizo eco, de la noche a la mañana, de las vociferaciones romanas. Así en nuestro "Constitutionnel" del 13 de mayo se leía:

"Lo que ha conmovido profundamente e indignado a
" todo el mundo es esta profesión de fe antiliberal y yo diría
" casi anticristiana... (sic). Sería cosa imposible deciros la
" indignación, el furor levantados por esta alocución fanáti-
" ca (¡?) de la que el mismo Gregorio XVI hubiera dudado
" quizá en tomar la responsabilidad en un momento seme-
" jante... El clero (¿!), la guardia nacional, los frailes
" (¿!), todos los romanos, en una palabra, han dado al mundo
" el magnífico espectáculo del acuerdo más perfecto, de la
" más compacta y unánime resistencia. Este hombre que
" hace poco tiempo era el ídolo del pueblo, por el cual todos
" los italianos habrían afrontado el martirio, ha perdido en
" pocos segundos toda su popularidad... «Nos ha engañado»,
" exclaman con indignación los sacerdotes que venían de
" predicar la cruzada. «Nos ha traicionado», repetía Cice-
" ruacchio, con lágrimas en los ojos".

¡Tal fue, puede decirse, la "brillante obertura" y la dolorosa entrada del "catolicismo liberal" en los anales del siglo XIX!

Criminal y odioso en su contexto histórico y humano, parece que después de semejantes sinsabores y tras una experiencia tan severa todo proyecto de maridaje entre la Iglesia y la Revolución habría debido provocar al menos una cierta desconfianza. Nada de eso ocurrió. Al contrario, bajo el pontificado de Pío IX es cuando los católicos liberales vieron aumentar sus filas.

Muchos lo fueron, es verdad, de una manera confusa y sin darse demasiada cuenta. Algunos sólo lo fueron de tal manera que las fórmulas liberales que de ellos recordamos fueron solamente un torpe lenguaje con el que pretendían encubrir una voluntad loable de conquista, decidida a vencer todo aquello que no podría vencerse, según ellos, si se tomaran las palabras al pie de la letra. Otros se convirtieron más tarde o después de la resonante lección del Syllabus;

y un Lamoriciére fue de este número. Otros se desengañaron durante el desarrollo de los acontecimientos, y tal fue el caso del admirable Ozanam, largo tiempo seducido por los sofismas "del cuarenta y ocho".

Digamos que el mayor número fue víctima sobre todo de su ignorancia doctrinal, y de que no comprendió jamás claramente la trampa que se ocultaba bajo la falsa habilidad de fórmulas consideradas en un principio como más propicias para el triunfo del catolicismo en el mundo moderno.

Lejos, pues, de nosotros la intención de presentar una "hoja de servicios" de las responsabilidades, es decir, de las culpabilidades, sobre todo porque muchos pasajes, literalmente idénticos, pueden muy bien proceder de intenciones completamente opuestas.

Lo esencial no es estigmatizar aquí las personas, sino comprobar cuáles han sido, efectivamente, o cuáles han podido ser sus intenciones, contribuyendo al establecimiento de una corriente, de un estado de espíritu, de una mentalidad auténticamente "minimista" de la que es preciso tener el valor de decir que han creado en el seno de las masas católicas un clima de menor resistencia, si no de acogida a la Revolución y a sus sortilegios ideológicos.

En cuanto a nosotros, que, después de un siglo, estamos en situación de apreciar sus resultados, nos está permitido no ser blandos hacia lo que, al parecer, debía colocar definitivamente al mundo moderno bajo la luz y bajo el cetro de Jesucristo y que ha venido a parar, en realidad, en el ateísmo institucional, en el laicismo cada vez más invasor, en la apostasía de las naciones, en la secularización universal de la vida, en la descristianización y en la despoblación de los seminarios.

¡Qué ironía para el que lee hoy esas profecías beatas y sentenciosas, que anunciaban que el desarrollo de la Revolución era el signo de una auténtica elevación del espíritu cristiano!

A falta de luces personales hubiera sido fácil a los interesados remitirse y entregarse filialmente a las directrices de las encíclicas pontificias y las advertencias de la jerarquía. Pero las cabezas estaban demasiado embriagadas de lo que se llamaba "las ideas nuevas" para que la mayoría no tuviese tendencia a considerar como "anticuados" al Papa

y a los Obispos de entonces. Una frase del "Testamento" de Lacordaire es a este respecto muy significativa: "Yo per-" manecí liberal al hacerme, pero no supe disimular todo lo " que me separaba, en este punto, del clero y de los cristianos " de mi tiempo..." [41].

"Paridades blasfemas" entre la Iglesia y la Revolución

"Se tiembla ante el liberalismo; hacedle católico y la " sociedad renacerá". Esta frase de Lamennais [42] tendrá como eco millones de otras hasta nuestros días.

"En lugar de escoger entre los principios del 89 y los " dogmas de la religión católica, purifiquemos los principios " por los dogmas y hagámoslos marchar de acuerdo...", escribirá Albert de Broglie en un número del **Correspondant** de 1856.

"Pues entre la Revolución y la Iglesia —juzgará Emile " Ollivier— hay pasiones, malentendidos, pero no disenti-" miento fundamental".

Las ideas del 89 ¿no han sido sacadas del Evangelio " como tantos otros frutos exquisitos"? escribirá el abate Bougaud en **Le christianisme et les temps présents.** Y el abate Constant, en su **Bible de la Liberté**, dirá: "El Evan-" gelio es revolucionario, Jesucristo ha muerto por la demo-" cracia del universo".

Más ciego, sin duda, si no más insolente, el padre Maumus no temerá atribuir en su **Eglise et la France moderne** a "la dirección suprema del gran León XIII" la realización de lo que él llama cínicamente "el sueño de los redac-" tores de **L'Avenir**". E igualmente equivocado el abate Dabry afirmará, hacia la misma época: "Y la Iglesia reem-" prende hoy el verdadero programa, el verdadero espíritu " de la Revolución...".

"Bautizar la Revolución" o "cristianizarla" parecerá fácil igualmente a Etienne Lamy y al abate Naudet, el cual fue director de el **Monde** hacia 1895. "La Revolución ha

[41] Douniol, edit., París, 1879, p. 48.
[42] Carta del 30 de enero de 1829.

" comenzado una era nueva —exclamará cinco años más tar- " de en Pau—. Algunos dicen, y yo estoy entre ellos, que " su alba surgió hace cerca de dos mil años".

Paul Bureau irá todavía más lejos: "¿El ideal de la " virtud comunista —pretenderá [43]— no forma parte de la " tradición profunda del cristianismo y especialmente del " catolicismo?... De una manera semejante ¿cómo no reco- " nocer el impulso espiritual de los hombres que en 1848, " tras haber aclamado la Revolución y la emancipación de " los trabajadores, asistían a la bendición de los árboles de " la libertad?...".

Síntoma de un mismo mal son las campañas de artículos casi periódicos que, de una manera más o menos hábil, anuncian, dejan esperar o sostienen la idea de una reconciliación de la Iglesia con la franc-masonería. Síntoma de un mismo mal, son las frases "sorprendentes" que en ocasiones profieren en torno nuestro ciertos contemporáneos... Por ejemplo, estas pocas líneas extraídas de un discurso de Maurice Schumann en diciembre de 1945: "Somos el fruto de una " larga tradición y de una interminable paciencia (!!)... " En Francia, la tradición cristiana no puede disociarse del " pensamiento revolucionario (!). Se completan y se nutren " una a otro (?)".

Tal aún es la ambición de "reconciliar la visión de un " José de Maistre y la de un Lamennais en la unidad supe- " rior de la gran sabiduría de la que Santo Tomás es el " heraldo...", ambición de la que Jacques Maritain osa hablarnos sin reírse en su obra **Du régime temporel de la liberté** (p. 1457).

"Cuando, al final del siglo XVIII —escribe en otra " parte este mismo autor—, los Derechos del Hombre fue- " ron proclamados en América y en Francia, y los pueblos " invitados al ideal de libertad, de igualdad y de fraternidad, " se origina el gran desafío del pueblo, de los hombres de " baja extracción, de espíritu infantil (?!!) y de fe (!), y " todo junto a un ideal de generosidad universal que excedía " en el orden político mismo con respecto a los poderosos " de este mundo y de su escepticismo experimentado. El

[43] **La crise morale**, p. 396.

" brote evangélico (!) que hacía así irrupción llevaba la " marca de un cristianismo secularizado (!!)" [44].

Y aún más: "La nación no estará verdaderamente unida " más que cuando un ideal bastante poderoso la arrastre " hacia una gran obra común en la que las dos tradiciones " de la Francia de Juana de Arco y de la Francia de los " Derechos del Hombre serán reconciliadas..." [45]. O bien: "No es un hecho sin significación que Francia tenga dos " fiestas nacionales, la fiesta del 14 de julio y la fiesta " de Juana de Arco, dos fiestas que se compenetran y cons- " tituyen una misma y sola promesa" [46].

Frases tanto más dolorosas por cuanto su autor escribía poco antes: "¿Desde el declinar de la Edad Media la historia " moderna es otra cosa que la historia de la agonía y de la " muerte de la cristiandad? San Vicente Ferrer, al acabar " el siglo XIV, anunciaba el fin del mundo y resucitaba los " muertos en confirmación de su palabra. ¿No es el fin " del mundo cristiano lo que principalmente anunciaban? " Juana de Arco tuvo éxito liberando a Francia; fracasó en " su misión de hacer volver a los hombres al respeto del " Derecho cristiano. En lo sucesivo, el animal racional se " apoyará sobre sí mismo; la piedra angular no será ya " Cristo. El espíritu de independencia absoluta que. en defi- " nitiva lleva al hombre a reivindicar para sí mismo, la " «aseidad» y que se puede llamar el espíritu de la Revolu- " ción anti-cristiana, se introdujo victoriosamente en Europa " con el Renacimiento y la Reforma; se sustrae al orden " cristiano: aquí se ordena la sensibilidad estética y todas " las curiosidades del espíritu; allá, la espiritualidad reli- " giosa y la voluntad, y se procura reemplazar por todas " partes el culto de las tres Personas divinas por el culto " del Yo humano. Reprimido en el siglo XVII y lanzado en " los siglos XVIII y XIX a la conquista del universo, ser- " vido con perseverancia y habilidad por la contra iglesia

[44] **Christianisme et Démocratie**, p. 49. (Edición de la Maison Française, New York, 1945.)

[45] **L'Unité d'un peuple libre.** (Le Figaro del 7 de diciembre de 1944.)

[46] **Pour la Justice. Articles et discours, 1940 a 1945.** (Edición de la Maison Française, New York, 1945.)

" masónica, consiguió apartar a Dios de todo lo que es " centro de poder o de autoridad en los pueblos" [47].

Incoherencia de los "católicos liberales"

Los revolucionarios, tan pronto como olvidan el interés que les empuja a aplaudir a los que sirven tan bien a su causa entre nosotros, no han dejado de subrayar el absurdo profundo y la contradicción fundamental de tal posición.

"Imaginad —escribía Michelet— un nudo ferroviario " del que parten el Norte para Lila, el Mediodía para Bur- " deos. ¿Quién será el tonto que crea que esos caminos se " encontrarán? Se vuelven la espalda. Cuanto más avanzan, " más lejos quedan el uno del otro. Pensad, pues, antes de " subir en ellos. Escoged bien vuestro vagón. ¿Los demó- " cratas-cristianos no intentan subir en los dos trenes a la " vez, uniendo los principios de la Revolución y los del " Catolicismo?" [48].

Y el apóstata Renán no será más suave. Después de haber señalado, en sus **Souvenirs d'enfance et de jeunesse** [49], que una "de las peores ruindades intelectuales es la del " juego de palabras", la emprende con lo que él llama "la " ilusión de los católicos laicos que se llaman liberales". "No " sabiendo ni teología ni exégesis, hacen de la accesión al " cristianismo una simple adhesión a una camarilla. Toman " y dejan a placer... Cualquiera que haya estudiado teolo- " gía no sería capaz de tal inconsecuencia... El catolicismo " que yo he aprendido no es este soso compromiso válido " para laicos (!!), que ha dado lugar en nuestros días a " tantos malentendidos...".

Si tal fue el veredicto de no-católicos declarados, se admitirá, sin extrañeza, la severidad del cardenal Billot cuando escribía en su célebre tratado **De Ecclesia**: "Que el " liberalismo de los que se llaman «católicos liberales» es re- " belde a toda clasificación y no posee sino una sola nota " distintiva y característica: la de la más perfecta y más " absoluta incoherencia".

[47] J. Maritain, **Antimoderne**, pp. 174 y 175.
[48] Citado en **Mon curé à sa place**, Cavalier y de Cheyssac, Bossard, edit.
[49] Nelson, edit., p. 21.

"La verdad de esta proposición resalta fácilmente —prosigue el ilustre teólogo— con la sola consideración de los términos reunidos en la denominación de «católico-liberal».

"El católico, en efecto, es aquel que profesa las enseñanzas de la fe cristiana, y ante todo, esta verdad fundamental contenida en el catecismo: «El hombre ha sido creado para alabar a Dios, su Señor, reverenciarle, servirle de la manera querida por el amor Divino, y finalmente, salvar su alma»."

"Pasemos ahora a la profesión de la fe liberal.

"No hay duda que el liberal, según la acepción actual de la palabra, es aquel que profesa, celebra, aprueba y busca promover lo que se llaman «los inmortales principios de 1789».

"Vamos a ver nosotros, pues, lo que contienen estos principios.

"Dejemos, ante todo, a un lado lo que, en estos principios, no les pertenece en propiedad, por estar sacado del viejo fondo común del derecho natural, de la equidad natural y de lo cual no tratamos aquí.

"Esos principios, digo yo, reducidos a su más simple expresión y según su más exacta comprensión, proclaman la independencia de las cosas humanas frente a las cosas divinas, la sustracción de las instituciones civiles a la ley religiosa, la separación del régimen temporal de aquel que persigue el fin último y supremo, en fin y en una palabra, el traspaso de la Ciudad a una esfera reservada donde cesa la jurisdicción divina, donde acaba para el hombre la obligación de reconocer a Dios y de rendirle un culto...

"He aquí el contenido de esos inmortales principios, y esto, según la interpretación más favorable; pues, en el espíritu de los santones de la Revolución, lo cual está, por otra parte, perfectamente conforme a la lógica de las cosas, llevan consigo igualmente la secularización absoluta y completa, es decir, la expulsión del principio teocrático del mundo y la ruptura definitiva de toda sociedad humana con la Iglesia, Jesucristo, Dios...

"Incluso aun no aceptándolos sino bajo una forma mitigada ¿cómo no ver que estos principios son de tal forma irreductibles a los principios fundamentales del cristianismo que toda tentativa de conciliación no puede dar, nece-

" sariamente, otro resultado que la más perfecta incohe-
" rencia?...

"Esta incoherencia aparece, primeramente, en que ellos " distinguen entre los principios abstractos y su aplicación, " reconociendo como verdadero todo lo que nosotros hemos " dicho sobre la necesidad de la unión y de la subordinación " de los poderes, en tanto que verdad puramente especu- " lativa...

"Pero, para ellos, una cosa es el objeto de la especula- " ción y otra lo que pasa en el orden concreto, en desacuerdo " sobre muchos puntos con las condiciones de la teoría. Y " piensan haber satisfecho así a la verdad, relegándola a las " regiones de la abstracción.

"Que nos permitan, no obstante, una pregunta: ¿Esos " principios que ellos tratan de abstractos, forman parte, sí " o no, del capítulo de la moral? ¿Proporcionan, sí o no, " una norma a los actos humanos, una regla que domina " nuestra acción, acción que en la sociedad humana debe ser " dirigida en el sentido que exige el fin que conseguir?

"Y si esos principios son mandamientos prácticos, como " es evidente ¿cómo no tachar de incoherente a aquel que " los admitiera y, al mismo tiempo, no quisiera que se lle- " varan a la práctica?

"Porque de el hecho de que el orden concreto de las " cosas difiere de las condiciones ideales de la teoría, se " deduce que las cosas concretas no tendrán jamás la per- " fección del ideal; pero no se sacan otras deducciones.

"Con esta manera de argumentar, yo podría probar " que los preceptos relativos a las virtudes deben ser, ellos " también, relegados al campo de la especulación, porque las " condiciones humanas no permiten una realización tal de " la justicia. Demostraría igualmente que las ciencias ma- " temáticas no pueden, o no deben aplicarse a las artes, so " pretexto de que el triángulo ideal, exacto, geométrico, no " se halla en lo concreto o porque el efecto experimental " contradice siempre el rigor del cálculo.

"La misma incoherencia se encuentra en la distinción " que hacen los católicos liberales entre el derecho y el hecho, " entre lo que debería ser el derecho y lo que es, de hecho, " útil a la Iglesia. «De hecho, dicen ellos, el régimen de " unión con el Estado ha sido siempre pernicioso para la

" Iglesia. Esta, en efecto, no ha sufrido nunca mayores
" males que por parte de esos obispos del «fuero externo»,
" los príncipes protectores, como lo atestiguan las luchas
" incesantes con los Emperadores de Bizancio, los Césares
" germánicos, los Reyes de Francia, de Inglaterra, de Espa-
" ña, etc. La Iglesia perece a causa de los apoyos temporales
" que se ha procurado ella imprudentemente. Conclusión:
" No existe más que un único medio de salvación, la libertad.
" Es la libertad quien pondrá en la frente augusta de la
" Iglesia su corona perdida. Se confiará en la libertad como
" en una amiga fiel y no será preciso separarse de ella en
" nombre de principios a priori, que conviene dejar religio-
" samente en su región ideal, con todo el respeto que les es
" debido».

"He aquí lo que ellos pretenden [50].

"Pero lo que pretenden es incoherente:

"Primero, porque si los principios **a priori** enuncian un
" orden instituido y querido por Dios, es imposible que su
" abandono redunde en mayor provecho de la Iglesia;

"Segundo, porque los hechos invocados por los católicos
" liberales prueban solamente que el hombre, en su perversi-
" dad, corrompe con frecuencia las instituciones divinas, pero
" no prueban que, por esta razón, lo que Dios ha regulado
" y ordenado deba ser revocado, o en parte repudiado;

"Tercero, porque el argumento histórico aducido por los
" católicos liberales peca por una enumeración incompleta al
" mencionar únicamente los males causados por el régimen
" de unión, disimulando y omitiendo los bienes inmensos que
" resultaron de ella; bienes tan abundantes —esto es mani-
" fiesto— que si la protección de los príncipes ha podido
" degenerar algunas veces en opresión fue, la mayor parte
" de las veces, para la Iglesia, un gran socorro y una ayuda
" poderosa [51];

[50] Cf.: "La peor condición del cristianismo se alcanza cuando los cristianos detentan el poder político". F. Mauriac, citado por Th. Le Moign-Klipfel en Ecclesia (junio 1952).

[51] Cf. sobre este punto, estas palabras de Pío XII (Discurso al Congreso Mundial del Apostolado seglar, octubre 1951): "Tampoco habría que dejar pasar inadvertida, ni sin reconocer su bienhechora influencia, la estrecha unión que hasta la revolución francesa mantenía en mutua relación, en el mundo católico, a las dos autoridades establecidas por Dios: la Iglesia y el Estado. La intimidad de sus

"Cuarto, porque el defecto de esta enumeración incom-
" pleta está agravado por el hecho de que se abstiene de
" comparar los males debidos al régimen de unión con los
" que nacen inevitablemente del régimen de separación, y
" es evidente que los últimos aventajan infinitamente a los
" primeros, como lo prueba la experiencia que hacemos nos-
" otros actualmente;

"En quinto lugar, porque nada es más característico,
" respecto a esta argumentación ilógica e informe, que el
" recurso a la Libertad a guisa de conclusión. Pues la liber-
" tad tiene una pendiente hacia el mal. ¡Y es lo que se
" quiere instituir como remedio!

"¡Sí! Pero, dicen ellos, la unión y la subordinación de
" los poderes por muy deseable que pueda ser en sí misma,
" es hoy irrealizable. El espíritu moderno lo repugna y,
" contra este espíritu, es imposible luchar. La prudencia
" ordena, pues, aceptar el nuevo estado de cosas, sea para
" impedir que empeoren, sea para sacar el mejor partido
" posible.

"Y ellos se atienen a esto, a falta de otros argumentos.

"Ahora bien, al decir esto, como observa juiciosamente
" Liberatore, caen en una incoherencia peor que la primera,
" porque se salen de la cuestión.

"En efecto, no se trata en absoluto de saber si, dada
" la perversidad del siglo, hay que sufrir pacientemente lo
" que nosotros no podemos impedir, aun luchando sin des-
" cansar para evitar mayores males y procurando el bien
" que sea posible [52]. La cuestión es saber si conviene alabar
" los principios que son la base de este orden de cosas y

relaciones en el terreno común de la vida pública creaba, en general, una especie de atmósfera de espíritu cristiano que dispensaba, en buena parte, del trabajo delicado al que tienen que entregarse hoy los sacerdotes y los seglares para procurar la salvaguardia y el valor práctico de la fe..."

[52] Cf. Pío XII: "Podrá suceder que aquí o allá, en un punto o en otro, se vean obligados a ceder ante la superioridad de las fuerzas políticas. Mas en tal caso, no se capitula, sino que se tolera. Pero en circunstancias tales es necesario que la doctrina quede a salvo y que se empleen todos los medios eficaces para encaminarse progresivamente hacia aquel fin que jamás puede renunciarse." (Discurso del 18 de septiembre de 1951 a los Padres de Familia franceses.)

" promoverlos por la palabra, por la enseñanza y por la " acción, como hacen los que, aun atribuyéndose el nombre " de católicos, se enorgullecen también con el de liberales.

"Son estas gentes quienes, precisamente, no llegarán " a nada, porque cojean de los dos pies y, en su vano esfuer- " zo de conciliación, no son reconocidos como verdaderos " hermanos por los hijos de Dios, ni como partidarios sin- " ceros por los hijos de la Revolución" [53].

La incoherencia es, pues, el carácter fundamental de la actitud de los católicos liberales.

Se adivinan las consecuencias desastrosas tanto en el orden intelectual y espiritual como en el orden práctico...

Y, ante todo, es claro que tal hábito hacia la conciliación de lo inconciliable conduce directamente a la indiferencia dogmática: "Especie de cristianismo vago y no defini- " do —dirá más tarde San Pío X en **Singulari quadam**— " que se llama interconfesional".

Ahora bien, se sabe cuán temibles son los progresos de esta tendencia para la fe de la mayoría, es decir, para la fe de aquellos que no están defendidos por una formación dogmática suficiente contra los ímpetus generosos de un sentimiento religioso no educado.

Es éste aquel peligro entrevisto por San Gregorio el Magno cuando, en sus **Comentarios del Libro de Job**, habla de los cristianos que, hacia el fin de los tiempos, "obede- " ciendo a una falsa política, serían tímidos y cobardes en " la defensa de la verdad, y por una culpable tolerancia, se

[53] Cf., entre otros, este pasaje de un discurso de Jules Ferry (Asamblea Nacional, 11 y 12 de junio de 1875): "Creo, señores, que en el fondo de esta doctrina (la de los católicos) existe algo muy distinto a una tesis liberal, y quiero deciros muy franca y respetuosamente lo que percibo en ella. Veo en ella la reivindicación por la Iglesia católica del monopolio de la enseñanza... Bien entendido que la palabra «libertad de enseñanza» significa en su lenguaje otra cosa distinta que en el nuestro. (Aprobación en la izquierda. Exclamaciones de la derecha.) Desde el punto de vista liberal, su tesis no se sostiene. En efecto, esta proposición que cualquiera que tiene el derecho de enseñar, deba tener el derecho de conferir los grados, esta proposición es, en sí misma, contradictoria, porque desemboca, pura y simplemente, en la negación absoluta del grado mismo."

" callarán ante las violaciones de las leyes divinas y huma-
" nas. Predicarán la prudencia y la política mundanas, y
" pervertirán, con sus sofismas y su facundia, el espíritu de
" los simples".

La verdadera realidad es que al hacer tal juego y "cre-
" yendo llevar la fe al seno de las ideas liberales, algunos han
" perdido la suya" [54].

Como bien lo ha señalado el cardenal Pie: "Como con-
" secuencia de una vecindad y de un trato continuo (entre
" el catolicismo y la Revolución), ha sucedido que el natu-
" ralismo político ha dejado sus huellas sobre aquel cristia-
" nismo calificado de «liberal». Por un efecto de esos espe-
" jismos engañosos, lo divino, incluso donde se creía en él,
" ha perdido parte de su prestigio y, por tanto, de su impe-
" rio. Lo sobrenatural, incluso para aquellos que lo aceptaban
" y lo vivían, ha parecido más restringido en su alcance, más
" limitado, sobre todo, en la esfera de su acción legítima
" que cuanto se había pensado durante todo el curso de los
" siglos precedentes. El cristianismo, considerado siempre
" como religión celestial y debiendo ocupar en la tierra un
" lugar de los más honorables y verdaderamente sagrado, no
" ha sido ya considerado como el principio, como la ley supre-
" ma y el fin último de todas las cosas humanas y tempo-
" rales. Jesucristo, reconocido rey de las almas y legislador
" supremo de las conciencias, ha visto algo peor que discutir
" su realeza sobre las naciones y sobre la creación entera.
" Y por ello se ha salido, como dijo el Concilio Vaticano, de
" las vías de la verdadera piedad: de la piedad hacia el padre,
" que es Dios; de la piedad igualmente mandada, igualmente
" necesaria hacia la madre, que es la Santa Iglesia. Aunque
" todavía se sea sumiso, se ha cesado de ser filial, e incluso
" algunas veces de ser respetuoso. Se obedecían las órdenes,

[54] Blanc de Saint-Bonnet.

Así es como se ha podido presentar a los católicos liberales como más peligrosos que los ateos declarados, a los cuales, precisamente, el ateísmo sirve de contraste. ¿Qué peligro más sutil que el del trato de estas gentes "que se afirman y se creen sinceramente religiosas y hasta católicos íntegros, y no destilan sino doctrinas disolventes para la fe"? ¿Podemos creer verdaderamente que, si Lutero y los reformadores hubiesen profesado un ateísmo brutal y, por tanto, un error más "craso" que su cristianismo individualista, hubiesen arrastrado más fieles tras de sí?

" pero se rehusaba la simpatía e incluso la aprobación a los " conductores.

"¿Y hasta dónde no ha llegado el entusiasmo de algu- " nos? Lo que se rehusaba a las verdades y puras doctrinas " se concedía a toda suerte de doctrinas nuevas y extrañas, " y se intentaban lamentables amalgamas, alianzas imposi- " bles, entre los unos y los otros... El camino una vez " abierto, no se ha detenido; de la misma manera que se " han humanizado los dogmas y los misterios, se ha huma- " nizado la moral y el culto. Habiéndose naturalizado los " preceptos se han atacado los consejos como otras tantas " exageraciones más propias para hacer fanáticos que para " formar verdaderos hombres y, sobre todo, verdaderos ciu- " dadanos.

"Se han soñado yo no sé qué progresos, no sé qué con- " diciones de existencia social, fuera de la fe, fuera de la " Iglesia y de Cristo, fuera de todo principio sobrenatural [55] " e incluso de todo principio metafísico. Sistemáticamente " se ha apartado, suprimido y abolido la cuestión divina, " pretendiendo suprimir por ese medio lo que divide los " hombres y arrojando fuera del edificio la piedra funda- " mental, so pretexto de que es una piedra de choque y de " contradicción.

"En resumen, allí donde la ruptura con el cristianismo " no ha sido consumada, el sentido ortodoxo de los dogmas " católicos ha sido desnaturalizado y la integridad y la pu- " reza de la fe han sido puestas en peligro.

"Y el debilitamiento o la falsificación de las doctrinas " al actuar necesariamente sobre todo el resto, han hecho " vacilante a la generación moderna, en sus pensamientos, " en sus obras, en su carácter, en su vida, la han hecho " dubitativa, pusilánime, mediocre, más tolerante para el " mal que para los malos, despreocupada ante el error y " algunas veces llena de benevolencia para él, y por encima

[55] ¿No parece referirse esto muy bien al ideal de "cristiandad no sacral" tan a la moda de hoy? Por el contrario, "la **consacratio mundi** es, en lo esencial, obra de los mismos seglares...", escribe Pío XII (**Discurso al II Congreso del Apostolado seglar, 1957**). Esta "consagración" del mundo, fin de las "relaciones entre la Iglesia y el mundo", implica la noción de "sagrado". No se puede hablar de "consagración" en una sociedad "no-sacral".

" de todo, impotente e inhábil para el bien, incapaz de pro-
" veer a su propia estabilidad y de conjurar su ruina incluso
" material" [56].

Su impotencia

Desastroso en el orden de la fe y de la piedad, el catolicismo liberal no lo es menos en el orden estrictamente intelectual.

Absurdo por esencia, su voluntad de conciliar lo inconciliable enerva fatalmente lo que es, lo que debe ser elemental a toda vida inteligente: el aborrecimiento del error y el amor a la verdad [57]. "La afirmación se mata —decía mon-
" señor Pie— si deja indiferentemente situarse a la nega-
" ción «junto a ella»". Al pretender unir la negación y la afirmación, es decir, la Revolución y la Iglesia, el catolicismo liberal no podía llevar a otra cosa que a un hundimiento deplorable del sentido de la verdad, y por tanto, de su amor. "Este concordismo universal —escribió el P. Cor-
" dovani [58]— conduce, naturalmente, a la indiferencia..., es
" un estandarte anticatólico, porque, dejando de lado toda
" otra consideración, niega la primacía absoluta que debe
" darse a la verdad en todos los órdenes...

"¿Esta tendencia moderna, manifiesta en los que pon-
" drían con gusto al catolicismo en armonía con todas
" las ideologías y con todos los movimientos sociales, con
" todos los grupos de vanguardia y con todos los cambios
" de opinión, no tiene la marca herética, incluso de un modo
" inconsciente en muchos?... Esos binomios forzados de
" «católico-revolucionarios», «católico-comunistas», «católico-
" masones», etc., son una burla... Que aquellos que viven
" fuera de la Iglesia de Dios no se den cuenta, es ya grave;
" pero que nosotros mismos no nos demos cuenta, es inex-
" cusable. La verdad es la que libera, la verdad conocida y
" amada, no el compromiso, los hibridismos, que deshonran
" la razón antes de ser una ofensa para nuestra fe."

[56] Cardenal Pie, **Instrucción sinodal sobre la primera constitución del Concilio del Vaticano. Oeuvres Complètes**, t. VII, p. 198, etc.

[57] Cf. la Sagrada Escritura: "**Qui diligitis Dominum, odite malum. Los que amáis al Señor, odiad el mal**" (pp. 96-10).

[58] Artículo del P. Cordovani, O. P., Maestro del Sacro Palacio. (**Osservatore Romano**, 18 de marzo de 1950.)

"A favor de tales equívocos, venir a colocar una más-
" cara a todos nuestros errores, instalarlos uno tras otro
" dando a cada uno el nombre de una verdad, es la calami-
" dad suprema —decía Blanc de Saint-Bonnet—. Es haber
" encontrado el medio de cegar definitivamente a los hom-
" bres... Por ello aquel que hoy descarta la verdad hace
" menos mal que el que la proclama a medias. Se posee
" bastante buen sentido en Francia para ver el primer error,
" pero no se sabe bastante filosofía para ver el segundo."

Resultado ruinoso, en el orden espiritual e intelectual.

Hay que añadir: resultados ruinosos en el orden de la acción y de las consecuencias prácticas.

Blanc de Saint-Bonnet parece haber visto bien el mecanismo de la operación: "El aspecto de verdad con que se
" reviste el catolicismo liberal, por un lado atrae nuevos
" reclutas, pero por otro lado mantiene la sociedad en la
" impotencia de luchar contra el error... Luego, cuando el
" mal ha echado profundas raíces, los liberales, demostran-
" do a las gentes honradas la imposibilidad de vencer la
" Revolución, declaran que no se puede hacer nada mejor
" que replegarse prudentemente. Después de haberse apo-
" derado de las masas por medio del error, conquistar de
" esta manera las demás clases por el miedo, es conducir
" la sociedad a la última capitulación..."

Optimismo beato, si no criminal, en la primera fase, para desembocar en la segunda en un abandono total; tal es la operación en dos tiempos que nos han dado y nos dan como espectáculo los católicos liberales.

Comienzan por decir que entre la Iglesia y la Revolución no existen sino malentendidos, vanas querellas de palabras; que bastaría a los católicos ser conciliadores para que el enemigo dejase caer sus armas. Pero, en realidad, una vez hechas estas concesiones, como el tumulto va creciendo, la abdicación es presentada como única solución posible.

Es verdad que su ambición no es ya la de hacer triunfar los derechos de Dios y de su Iglesia sobre la sociedad. Bajo Pío IX pretendieron conseguirlo, pero por medio de métodos más hábiles que los de los "Ultramontanos" de entonces. Si hemos de creerles, en efecto, no se oponían más que a la intransigencia torpe de estos últimos, siendo

su finalidad la misma y tal como la defendía el **Syllabus.** Hoy su lenguaje es un poco diferente, y lo que llaman su victoria consiste, sobre todo, en el hecho de que no ha dejado de crecer el número de aquellos que, entre nosotros, no sólo rechazan la legitimidad, sino hasta los beneficios del triunfo del Derecho Cristiano sobre las naciones y su gobierno. Así, después de haber engañado a Pío IX, al día siguiente de **Quanta Cura,** por un célebre "escamoteo" y aunque le reprochen todavía hoy "el haber perdido todo por " no haber querido ceder nada", parece que su intención, en lo sucesivo, sea la de hacernos creer que cediendo todo, como lo han hecho y continúan haciéndolo, no se ha perdido nada. Curiosos soldados, en verdad, que quisieran ser considerados como conquistadores, siendo así que no han preconizado jamás sino abandonos, repliegues, concesiones y retiradas. Curiosos soldados que, a cada avance del enemigo, se esfuerzan en demostrar la legitimidad de sus pérdidas. ¿Se trataba, ayer, del triunfo de las leyes laicas? Si los creemos y hechas algunas reservas sobre el exceso de un sectarismo "lamentable", nada esencial se había perdido, ya que lo propio del poder temporal, es ser distinto del poder espiritual.

Si los escuchamos, es la sociedad cristiana de la Edad Media la que ofrecía todos los signos de una "penosa" confusión, mientras que la nuestra, merced a los Combes y Ferry, daría, al fin, el ejemplo de lo que ha sido siempre el espíritu del cristianismo.

Se comprenderá que a este precio, y con parecidos argumentos, no sea muy difícil a los católicos liberales el mantener el contacto y no "interrumpir el diálogo" con el adversario: cosa de la que alardean como si fuese una finalidad suprema propuesta por el Evangelio a todo cristiano. Hermoso éxito, en verdad, el de estar de acuerdo sobre el empleo de ciertas palabras tan sonoras como pérfidas cuando se está separado por un abismo en cuanto al sentido de esas palabras.

También la historia se ha encargado de confirmar la exactitud del apóstrofe del cardenal Pie: "Habéis sembrado " mucho, pero habéis recogido poco. Jamás movimiento tan " vasto ha llevado a un resultado tan mezquino y tan du- " doso."

La aventura de lo que se ha llamado "ralliement" es,

a este respecto, muy significativa. Pocas veces se dará el que la habilidad en la mentira y lo que se puede llamar el éxito en la capitulación hayan sido llevados tan lejos por los católicos liberales. ¿Quiénes han invocado más a su favor las enseñanzas de León XIII, y principalmente las de su Carta **Au milieu des sollicitudes?** Ahora bien, ¿qué han hecho ellos de tales enseñanzas? ¿Qué han hecho?

Cuando se sabe contra qué cosa pedía León XIII hacer frente en esa carta famosa, cuando se sabe por qué suplicaba unirse "como un solo hombre", cuando se sabe lo que la etiqueta del "ralliement" ha estado encargada de encubrir y de hacer pasar, es imposible al más ciego no ver que es lo contrario precisamente a lo que se pedía en **Au milieu des sollicitudes** lo que invocando aquella carta ha sido realizado. Este "ralliement", que por la traición evidente de los "católicos-liberales" ha llevado arteramente a la aceptación pura y simple de las conquistas de la Revolución, era y tenía que ser, en el pensamiento de León XIII, como una movilización general de todas las fuerzas católicas. Lejos de invitar a una aceptación del laicismo amenazante, el Soberano Pontífice, en su llamada del 16 de febrero de 1892, invitaba a los cristianos de Francia a un combate por una ciudad católica [59]. So pretexto de liberar la religión de

[59] Cf. tales pasajes de la Carta **Au milieu des sollicitudes**: "Todos los ciudadanos están obligados a unirse para mantener vivo en la nación el verdadero sentimiento religioso y para defenderlo vigorosamente cuando sea necesario. Tal sucede, por ejemplo, cuando una escuela atea, desoyendo las protestas de la naturaleza y de la historia, se esfuerza por arrojar a Dios de la sociedad, esperando destruir así rápidamente el sentido moral en el fondo mismo de la conciencia humana. En este punto no puede existir diversidad de criterio... ¡Pobre Francia! Sólo Dios puede medir el abismo de males en que se hundiría si esta legislación, en vez de mejorar, se obstinara en proseguir tan equivocado e injusto camino. Este camino acabará por arrancar del corazón de los franceses la religión que les ha hecho tan grandes entre los pueblos europeos. He aquí precisamente el terreno en que, prescindiendo de diferencias políticas, deben unirse todos los buenos como un solo hombre para luchar y para suprimir, por todos los medios legales y honestos, los abusos cada vez mayores de la legislación civil... Jamás deben ser aceptadas las disposiciones legislativas, de cualquier clase, contrarias a Dios y a la religión. Más aún: existe la obligación estricta de rechazarlas... Los católicos, por consiguiente, nunca se guardarán bastante de admitir y promover tal separación. Porque querer que el Estado se separe de la Iglesia es lo mismo, por consecuencia natural inevitable, que pretender reducir

la política, liberaron la política de la religión, lo cual es bien distinto, no siendo otra cosa el laicismo [60].

Pero, como ya lo había observado muy bien Montalembert, "ciertos sacerdotes califican a Nuestro Señor Jesu- " cristo de divino republicano. Es siempre el mismo espíritu " de adoración servil a la fuerza laica y al poder vencedor" [61].

En realidad, ¡cuántos continúan censurando ligeramente a los cortesanos y a los "abates de corte" del Antiguo Régimen y no se dan cuenta de la bajeza y del servilismo actual ante el soberano de nuestros días, que no es ya, ciertamente, el rey cristianísimo, sino la "masa", la opinión y, por encima de todo, la Revolución! Y este servilismo toma todas las formas: cuidado de aparecer "moderno", temor de ser llamado clerical, reaccionario, papista [62]. Secreto de la impotencia liberal y finalmente de su traición.

a la Iglesia a la mera libertad jurídica común a todos los ciudadanos. Es cierto que esta situación existe en algunos países... Pero en Francia, nación católica por sus antiguas tradiciones y por la fe actual de la gran mayoría de sus hijos la Iglesia no debe quedar situada en la precaria situación que tiene a la fuerza en otros pueblos."

A la luz de estos textos, qué pensar de un pasaje como el extraído de un artículo de Jean Bouvard, aparecido en La Côte-d'or Catholique del viernes 23 de enero de 1953, donde se dice a propósito del "Ralliement": "La solemne exhortación del Papa León XIII invitando «a todas las familias espirituales francesas» a unirse en torno a la República es un hecho que se debe recordar en tanto que los detractores del régimen no lo hayan reemplazado por cosa mejor, aunque quieran aducir a su favor la cobertura... teológica o pretendida tal."

¡Presentar el "Ralliement" como una solemne exhortación del Papa León XIII dirigida a todas las "familias espirituales francesas" para invitarles solamente a unirse en torno a la República!... Hay que estar verdaderamente seguro de la crasa ignorancia de la mayor parte de los lectores sobre esta cuestión para que un escritor se atreva a escribir y confiar a la imprenta tan groseras mentiras. Un documento más que añadir al expediente de lo que el abate Meinvielle ha llamado burlonamente "la deformación singular, consciente o sugerida, pero metódica y constante, de las enseñanzas pontificias de León XIII".

[60] Cf. León XIII (8 diciembre 1882): "Hay quien tiene la costumbre no solamente de distinguir la política y la religión, sino la de desunirlas completamente y la de separarlas... Aquellos, en verdad, no difieren mucho de los que desean que el Estado esté constituido y administrado fuera de Dios creador y dueño de todas las cosas."

[61] Carta de Montalembert a Dom Guéranger.

[62] Cf., por el contrario, la lección de San Pío X: "Los católicos

Se conoce la prueba indirecta que de esto ha dado, en una declaración célebre, el comunista Florimond Bonte (en Lila, el 10 de abril de 1927): "En cuanto a vosotros, demó- " cratas cristianos, nosotros no os combatimos. Nos sois " demasiado útiles. Si queréis saber qué tarea lleváis a cabo, " miradme. Salgo de entre vosotros. Antes de la guerra " era uno de los vuestros. Después he llegado a la conclu- " sión lógica de los principios que me habéis enseñado. Gra- " cias a vosotros, el comunismo penetra donde no dejaríais " entrar a sus hombres: en vuestras escuelas, en vuestros " patronatos, en vuestros círculos de estudios y en vuestros " sindicatos. Seguid trabajando mucho. Todo lo que hagáis " por vosotros, demócratas cristianos, lo haréis en favor de " la Revolución comunista..."

Se comprende, por tanto, la extrema severidad de los juicios de la Iglesia a su respecto.

El P. Ramière, ilustre promotor del "Apostolado de la Oración" y uno de los que han contribuido más a la consagración del género humano el Sagrado Corazón por León XIII, no teme calificar el catolicismo liberal como "el enemigo " más peligroso de la realeza social de Jesucristo" [63].

"Existía sobre la tierra —explica— un ejército cuya " historia, dieciocho veces secular, era una serie no inte- " rrumpida de desastres aparentes y de triunfos verdaderos. " Siempre en lucha con enemigos cien veces más numerosos, " les había vencido siempre a todos, aunque todos se hubie- " sen jactado de haberle aniquilado. Guardián de una ciu- " dadela de la cual Dios se ha constituido protector, se reía " de los asaltos que libraban contra ella los poderes de la " tierra...

"Pero he aquí que el enemigo, desesperando de vencerlo " por la fuerza, ha recurrido a una estratagema infernal. " Se ha dirigido a los defensores de la ciudadela, y les ha " confiado el cuidado de demoler las fortificaciones y de " abrirles las puertas. No obstante, para obtener de ellos

liberales son lobos cubiertos con piel de cordero; ello es lo que obliga al sacerdote a descubrir al pueblo confiado a sus cuidados, sus trampas peligrosas y sus malos designios. Seréis llamados papistas, clericales, retrógrados, intransigentes. ¡Enorgulleceos de ello!"

[63] Título del capítulo IV de la segunda parte de su obra: Le règne social du Coeur de Jésus.

” este concurso, se ha guardado de proponerles abiertamente ” una traición, que su lealtad hubiese rehusado. Lo ha he- ” cho más hábilmente.

”Ha apelado a su generosidad; les ha persuadido de ” que, si tenían el deseo de defender la ciudadela, sus ad- ” versarios tenían el mismo derecho para atacarla y que la ” justicia exigía que en lugar de emplear todas sus fuerzas ” en rechazar los ataques, tomasen la defensa del derecho ” de los asaltantes. La intriga ha tenido demasiado éxito: ” en el seno de este ejército, cuya unión le había hecho ” invencible, se ha formado un partido numeroso que ha ” adoptado como grito de guerra la libertad del ataque; y ” aquellos que no han querido enrolarse en ese partido se ” han visto expuestos más de una vez, por parte de sus ” hermanos de armas, a una hostilidad más agria que los ” mismos enemigos.

”No habrá ni uno solo de nuestros lectores que no haya ” rasgado el velo transparente de esta alegoría y que no ” vea en ella la imagen de los peligros que el liberalismo ” católico hace correr al ejército de Jesucristo. He aquí, ” bien claro, en efecto, la cizaña sembrada por el enemigo ” en el campo del padre de familia; he aquí la trampa en ” la cual nobles corazones se han dejado coger; he aquí la ” estratagema a la cual el inmortal Adversario de la verdad ” debe ventajas que la violencia no le hubiese podido procu- ” rar jamás” [64].

[64] “¿Qué es, pues, el liberalismo católico? —prosigue el P. Ramière—. Es una forma mitigada del liberalismo absoluto, dicho de otro modo, del libre pensamiento... El liberalismo católico no está, ni mucho menos, tan lejos de este último; pero hace a ese monstruoso error concesiones que bastan para destruir la integridad de la fe cristiana. No niega que exista una verdad absoluta. No discute la divinidad de Jesucristo y la autoridad de la Iglesia. Pero está de acuerdo con el libre pensamiento en reducir la fe en estas verdades a la esfera de la conciencia individual. Frente a la sociedad y al poder que la gobierna, la verdad no tendría, según él, otros derechos que el error. En una como en otro, el poder público no debería ver más que opiniones, cuya libertad debería proteger, en tanto que éstas no recurriesen a la violencia para entorpecer la libertad de las opiniones contrarias. Así, a los ojos de los liberales, sean católicos, sean anticristianos, la ley debe ser atea, es decir, que no debe ocuparse de Dios, como si no existiese. Sus preceptos son para ella como no existentes: su autoridad es nula; su revelación, sin valor. En su fuero interno, como cristiano y como hombre privado, el ma-

En realidad, Pío IX no fue menos severo cuando sostuvo también la tesis del muy grave peligro representado por esa acción de los católicos en "flirt" con la Revolución.

"Hay quienes aparentan querer marchar de acuerdo " con nuestros enemigos —escribía al presidente del Círculo " San Ambrosio, de Milán [65]— y que se esfuerzan en establecer una alianza entre la luz y las tinieblas, un acuerdo " entre la justicia y la iniquidad, por medio de esas doctri-

gistrado puede creer en todas estas cosas; pero como magistrado y en el ejercicio de su autoridad debe conducirse absolutamente como si no creyese en nada de ello. La teoría liberal exige, pues, que todos los cristianos que participen en las funciones públicas tengan dos conciencias: una conciencia individual, según la cual conformarán a la ley de Dios todos sus actos privados, y una conciencia pública, que les permitirá prescindir totalmente de esta ley en el cumplimiento de sus funciones. Como cristianos, irán a misa, y como magistrados, sentenciarán un divorcio. Si estuviésemos todavía en los tiempos del paganismo, acompañarían a César al templo de los ídolos... Pero, dicen los católicos liberales, si nosotros negamos a la opinión pública esta satisfacción, la irritamos contra nosotros y nos colocamos así fuera de lugar para ejercer sobre ella ninguna influencia. ¡Sí! Absolutamente igual a como los cristianos de los primeros siglos no podían confesar la unidad de Dios y la divinidad de Jesucristo sin levantar contra ellos la opinión pública de su tiempo. Es siempre el mismo combate... Pero sería mecernos en una esperanza insensata pretender facilitar la salvación del mundo sacrificando los derechos del Salvador... Jesucristo, en efecto, no sería ya el Salvador verdadero si no fuera el Salvador necesario... Además, no son los ataques de sus enemigos los que debilitan la verdad; estos ataques, al contrario, no tienen otro resultado que hacerla resplandecer más todavía. Está en su esencia ser combatida por el error, como está en la esencia de la luz ser contraria a las tinieblas." (**Le règne social du Coeur de Jésus**, páginas 94 a 102.)

[65] Breve de Pío IX al Círculo de la juventud católica de Milán (6 de marzo de 1873).

Igualmente, dirigiéndose a la "Federación de los Círculos Católicos" de Bélgica, Pío IX volverá sobre la misma idea... "Lo que alabamos más en vuestra empresa religiosa es que estáis —se dice— llenos de aversión contra los principios católico liberales, que tratáis de borrar de las inteligencias tanto cuanto está a vuestro alcance. Aquellos que están imbuidos de esos principios hacen profesión, es verdad, de amor y de respeto a la Iglesia y parecen consagrarse a su defensa con su inteligencia y con sus obras; pero no trabajan menos en pervertir su espíritu y su doctrina, y cada uno de ellos, según la manera de ser particular de su espíritu, propende a ponerse al servicio o de César o de los que inventan derechos en favor de la falsa libertad.

"Este insidioso error es más peligroso que una abierta enemis-

" nas llamadas católico-liberales, las cuales, apoyándose en " los principios más perniciosos, halagan al poder laico cuan- " do invade las cosas espirituales y arrastran los espíritus " al respeto, o al menos, a la tolerancia de las leyes más " inicuas, como si no estuviera escrito claramente que: «na- " die puede servir a dos señores»".

"Ahora bien, éstos son más peligrosos seguramente y " más funestos que los enemigos declarados, no sólo porque " secundan sus esfuerzos, sin ser notados, quizá incluso sin " ser sospechados, sino también porque, manteniéndose en " el extremo límite de las opiniones formalmente condena- " das, dan una cierta apariencia de integridad y de doctrina " irreprochables, seduciendo así a los imprudentes aficiona- " dos a la conciliación, y engañando a las gentes honestas, " que se revolverían contra un error declarado. De esta " manera, dividen los espíritus y debilitan las fuerzas que " sería necesario reunir para volverlas todas juntas contra " el enemigo."

tad, porque se cubre con el velo engañoso del celo y de la caridad, y es seguramente esforzándoos en combatirlo y poniendo un cuidado asiduo en alejar de él a los ingenuos como extirparéis la raíz fatal de las discordias y como trabajaréis eficazmente en producir y mantener la unión estrecha de las almas..."

Cf. igualmente el Breve: **Gaudemus, dilecti filii**, al "Comité católico" de Orleáns (9 de junio de 1873): "...Aunque tengáis que sostener la lucha contra la impiedad, sin embargo, tenéis menos que temer por este lado, quizá, que por el lado de un grupo amigo, compuesto de hombres imbuidos de esta doctrina equívoca, la cual, con todo, aunque rechazando las consecuencias extremas de los errores, retiene y alimenta en sí obstinadamente el primer germen, y al no querer abrazar toda la verdad, no atreviéndose a rechazarla por entero tampoco, se esfuerza en interpretar las enseñanzas de la Iglesia para hacerlas concordar poco más o menos con sus propios sentimientos. Todavía hoy hay quienes se adhieren a las verdades recientemente definidas por un puro esfuerzo de voluntad, y esto para evitar la acusación de cisma y para engañar su propia conciencia. Si tales opiniones se hubiesen deslizado secretamente en vuestro espíritu y en él dominasen, no podríais ciertamente esperar aquella firmeza y aquella fuerza que sólo puede aportaros una perfecta adhesión al espíritu y a las doctrinas de la Cátedra de Pedro, y por esta razón, no solamente no estaréis en situación de sostener útilmente la lucha que emprendéis, sino que causaríais un mayor daño a la causa que queréis defender. Estad, pues, en guardia contra este enemigo oculto, rechazad sus peligrosas sugestiones..."

A la luz de estos textos, no es necesario insistir más para admitir la profunda verdad de esta reflexión del cardenal Pie: "Escuchada, la voz del Soberano Pontífice podría " salvar la sociedad, los poderes, las dinastías; despreciada, " explicará y justificará su caída y su ruina."

Todavía, una vez más, no nos corresponde decir aquí cuál fue la responsabilidad o el grado de culpabilidad de los que "escamotearon" el **Syllabus.**

Baste saber que fue, en efecto, escamoteado. Baste saber que lo fue para conseguir un fin que, según pretendían, el rigor del **Syllabus** impidió alcanzar. Baste, sobre todo, ver a qué hermoso resultado se ha visto conducida la sociedad gracias a los rodeos de esta alta estrategia.

Poco después de la guerra de 1870, la Asamblea Nacional nos ha dejado un ejemplo verdaderamente típico: "Esta" ba compuesta, en gran parte —señala Samuel Denis [66]—, " por liberales, que eran, para colmo, cristianos fervientes y " convencidos (?!!)."

Pues bien, "compuesta —como observa el canónigo " Roul [67]— de realistas, la Asamblea Nacional no supo de" volver a Francia su rey. Compuesta en su mayoría de " católicos, no supo devolver Francia a su Dios.

"Un hecho tal es, a primera vista, inexplicable. Deja " de serlo cuando se considera hasta qué punto esta Asam" blea estaba sometida al liberalismo.

"El liberalismo fue, en esta época más quizá que en " ninguna otra, el genio malo de Francia.

"Así se explica también la política religiosa de la Asam" blea Nacional. Ya se había dibujado en la campaña elec" toral. ¿No se había visto entonces a eminentes católicos, " como Thureau-Dangin, Agustín Cochín y a otros, reco" mendar la candidatura de revolucionarios impíos, tales co" mo Víctor Hugo, Luis Blanc, Quinet, etc., aceptar la alian" za con nombres infames...? «Habéis sido colocados por " la Providencia —escribía el abate D'Hulst a Agustín Cochín " y a sus amigos— en posición de atraer todo lo que es " honesto alrededor de un centro cristiano que lo constituíais

66 **Histoire contemporaine**, t. IV, p. 647.

67 ...en esta obra admirable cuya lectura nunca recomendaremos bastante: **L'Eglise catholique et le droit commum.** (Castermann, edit., París.)

" vosotros mismos. Habéis tenido miedo de pasar por reac-
" cionarios; habéis llegado a ser los hombres de un partido
" que debe encontrarse asombrado de vuestro celo; descon-
" certáis a vuestros amigos de ayer, y dudo que inspiréis con-
" fianza a vuestros amigos de mañana. Mi pena es profunda,
" al verme tan lejos de vosotros», añadía el futuro rector
" de las Facultades Católicas" [68].

"...He aquí la Asamblea reunida en Burdeos. El 13
" de febrero de 1871, inaugura sus sesiones. Compuesta co-
" mo lo está, ante la tarea aplastante que asume, creeríase
" que su primer movimiento va a ser volverse hacia Dios,
" de quien tanta necesidad tiene, arrodillarse, rezar. Qué
" error... Nada de oraciones oficiales; incluso ni siquiera
" una ceremonia privada... Existe el miedo de pasar por
" reaccionarios.

"El 16 de mayo, sin embargo, bajo el ardiente empuje
" de fe que conmociona a Francia, la Asamblea parece sa-
" cudir su pusilanimidad. «Profundamente emocionada por
" las desgracias de la patria», decreta que «oraciones pú-
" blicas serán pedidas en toda Francia para suplicar a Dios
" que apacigüe nuestras discordias civiles y ponga término
" a los males que nos afligen». Pero era preciso que el libe-
" ralismo estropease hasta este gesto saludable: a estas
" oraciones públicas fueron invitados los cultos disidentes
" al mismo tiempo que la Iglesia católica y con el mismo
" rango...

"Al año siguiente, Brunet, diputado por el Sena, invi-
" taba a la Asamblea a reconocer que Francia había sido
" grande en el pasado por su fidelidad a Dios, que sus prue-
" bas presentes eran el justo castigo de infidelidades ya
" prolongadas; que, en consecuencia, para redimir a Francia
" era preciso conducirla a su primera vocación de soldado
" de Cristo. La proposición de Brunet fue rechazada sin
" más; y Luis Veuillot exclamaría con razón: «Así, por el
" momento, no ha lugar a tomar en consideración la pro-
" posición de volverse hacia Dios. Por el momento, en esta
" Francia donde Dios es negado por el ateísmo e insultado
" por la necedad, no ha lugar para declarar que Jesucristo
" es Dios, pues esto mismo alteraría incluso el orden filo-
" sófico y político... Por el momento, en presencia de To-

[68] **Vie de Mgr. d'Hulst**, por monseñor Baudrillart, t. I, p. 205.

" lain, de Littré y de Calmon, en la vecindad de Bismarck, " que todavía es nuestro huésped [69], y gracias a la bella " unión de los espíritus y de los corazones que nos manifies- " ta la Asamblea Nacional, no procede asirse a un principio " divino; nosotros no tenemos necesidad de esto; no puede " hacerse cuestión de esto... ¡Oh Señor, que escucháis esas " locuras abominables desde el fondo de tus tabernáculos, " repetid siempre: **Non Sciunt!**; no digáis: **Amén**»" [70].

En **L'Univers** del 22 de febrero de 1876, Luis Veuillot podrá, pues, sacar la lección de esta experiencia de una Asamblea Nacional compuesta prácticamente de católicos liberales: "Todo el mal que ellos podían temer ha aumen- " tado; todo el bien que podían esperar y que debían con- " servar ha perecido. Sus intenciones han podido ser exce- " lentes; pero han realizado muy bien el mal y han hecho " muy mal el bien" [71].

[69] Quizá sea de interés recordar esta Instrucción de Bismarck al conde Von Arnim, embajador en París, el 16 de noviembre de 1871, instrucción citada por Gaudin de Vilaine, en el Senado, el 6 de abril de 1911 (**Journal Officiel** del 7 de abril de 1911): ..."En fin, nosotros debemos desear el mantenimiento de la República en Francia por una segunda razón que es más importante: La Francia monárquica fue y será siempre católica; su política le daba una gran influencia en Europa, en Oriente y hasta en Extremo Oriente. Un medio de contrarrestar su influencia en provecho de la nuestra está en **humillar el catolicismo y el papado**, que es la cabeza. Si podemos conseguir este fin, Francia será aniquilada para siempre. La monarquía nos entorpecería en tales tentativas. La República nos ayudará... Emprendo contra la Iglesia católica una guerra que será larga y quizá terrible; se me acusará de persecución y seré quizá conducido a ello, pero es preciso para acabar de abatir Francia y establecer nuestra supremacía religiosa y diplomática, así como nuestra supremacía militar. ¡Pues, bien!, lo repito: en esto todavía, aun incluso, me ayudarán los republicanos; ellos jugarán nuestro juego; lo que ataco por política, lo atacan por formalismo antirreligioso. Su concurso está asegurado. Mantened en la prensa radical que simpatiza con nosotros el miedo del espantajo clerical, haciendo propagar las calumnias o los prejuicios que hacen nacer este temor... Hablad también, en esas hojas, de los peligros de la reacción..., de los crímenes del absolutismo, de las intromisiones del clero. Estas sandeces no dejan de producir su efecto sobre la masa ignorante. ¡Sí! ¡Dedicad todos vuestros cuidados a mantener este intercambio de servicios mutuos entre los republicanos y Prusia! ¡Es Francia la que pagará los gastos!..."

[70] **L'Univers**, 12 de marzo de 1872.

[71] Cf., principalmente, la declaración muy explícita de monseñor

Al llegar a ocupar puestos de Gobierno, el catolicismo liberal no quedaba por ello menos condenado por la Iglesia y estaba obligado por eso mismo a ciertas precauciones.

No es extraño, por tanto, que el catolicismo liberal ,condenado, aunque victorioso, haya buscado siempre fórmulas nuevas susceptibles de escapar a la censuras romanas. Muchos de sus fieles, ¿no pensaban en realidad que todos los disgustos doctrinales les venían del empleo de fórmulas imprudentes, de expresiones desdichadas, de la letra de las palabras mucho más que de su contenido ideológico? De allí su tendencia a decir las mismas cosas, pero de manera diferente, siempre tras la búsqueda de la fórmula imposible de conciliar lo inconciliable.

Al principio, la confusión y los recursos de un fundamento de una fuerza incontestable. Al cabo de los años, las fórmulas más confusas, más oscuras, más complicadas y elaboradas.

Así, el americanismo fue uno de los "subproductos" más característicos del catolicismo liberal. Y Augusto Sabatier, entonces decano de la Facultad de Teología Protestante de París, no se engañó, ciertamente, al afirmar que "el americanismo es hijo del liberalismo".

Cualquiera que haya sido, por otra parte, la sinceridad de aquellos que lo profesaban, hay que convenir que sus nuevas tesis representaban un progreso franco sobre la torpeza de las pretensiones del catolicismo liberal.

Dupanloup con motivo de la discusión general sobre la libertad de la enseñanza superior: "...Cuando pedimos la libertad, cuando la Iglesia la reclama, así como los católicos, no es sólo para ellos. No quieren en esto ningún monopolio. Piden simplemente el derecho común, la libertad común. No han querido jamás otra cosa... Hemos reclamado siempre la libertad en el derecho común: libertad para todos, laicos y eclesiásticos, sin excepciones ni privilegios para nadie..." (mayo de 1875). Por el contrario, León XIII, en su Carta denominada **sur le ralliement**, pedirá a los franceses unirse para evitar que, en su país sobre todo, "la Iglesia quedase reducida a la libertad de vivir según el derecho común a todos los ciudadanos... Esta situación, es verdad —observará León XIII—, se produjo en ciertos países... Pero en Francia, nación católica por sus tradiciones y por la fe actual que profesan la gran mayoría de sus hijos, la Iglesia no debe ser colocada en la situación precaria que sufre en otros pueblos."

Ya no es cuestión de afirmar que la Revolución salga del Evangelio y que sea preciso trabajar en la reconciliación de la Iglesia con la subversión.

Ya no hay que hablar siquiera de Revolución. Se empleará más bien al término de "civilización moderna".

"El pensamiento dominante —escribía Augusto Saba-" tier— es el de unir el siglo y la Iglesia, de buscar una " conciliación entre la tradición de la Iglesia y las aspira-" ciones del siglo, de hacer cesar el conflicto entre la teo-" logía de los seminarios y las ciencias modernas..."

Mucho más claramente, León XIII escribirá en su Carta al Cardenal Gibbons: "El Principio de las nuevas opiniones " puede formularse poco más o menos en estos términos: " Para atraer más fácilmente los disidentes a la verdad " católica, es preciso que la Iglesia se adapte todavía más " a la civilización de un mundo llegado a la edad adulta y " que, relajando su antiguo rigor, se muestre favorable a " las aspiraciones y a las teorías de los pueblos modernos. " Ahora bien, este principio lo aplican muchos no solamente " a la diciplina, sino también a las doctrinas que constitu-" yen el depósito de la fe. Sostienen, en efecto, que es opor-" tuno para atraerse a los extraviados callar ciertos puntos " de la doctrina, como si fueran de menor importancia o " atenuarlos hasta el punto de no dejarles el sentido al cual " la Iglesia se ha atenido siempre..."

Rasgo significativo: la actitud de los "americanistas" ante la condenación de León XIII no deja de recordar la de los jansenistas. Se sometieron y aprobaron públicamente las enseñanzas del Papa en su Carta **Testem benevolentiae,** pero fueron proclamando por todas partes que tal herejía no había existido jamás y que al condenarla sólo se había acometido contra castillos en el aire [72].

72 El cardenal Gibbons, arzobispo de Baltimore; monseñor Ireland, arzobispo de Saint-Paul; monseñor Keane, rector de la Universidad Católica de Wáshington, fueron más sospechosos de americanismo. A ellos es a quienes hace alusión verosímilmente este pasaje de un artículo de **La Vie Intellectuelle** (junio de 1950), donde se puede leer: "...Los obispos negaron que tales errores hubiesen sido jamás sostenidos en América y se sometieron..." Por el contrario, parece haberse olvidado aquí que otros cuatro obispos americanos escribieron a León XIII para afirmar que el americanismo no era una "herejía fantasma": "Puesto que muchos parecen abusar de nuestro silencio

Es deplorable para esta tesis que los adversarios declarados de la Iglesia hayan, por el contrario, dado una importancia sorprendente a la realidad del peligro denunciado por León XIII.

"Los vencidos, escribirá en «Le Siècle», Raoul Ollier[73] " son hombres que podrían tener estrechez de miras, pero " soñaban un comienzo de reconciliación entre su fe religiosa " y su amor a la libertad. Los vencedores, son los más ce- " rriles apologistas del fanatismo, son los inspiradores y los " redactores de esas horas que querrían trasladarnos a los " tiempos de las guerras de religión."

"«Le Temps»[74], órgano del protestantismo, era menos " pesimista: Aquellos que, entre el clero como entre los " laicos —escribía—, buscan una renovación, una acción " social más profunda, una entente más cordial con la so- " ciedad moderna, no tienen ninguna razón para desani- " marse..."

Y el acérrimo protestante Sabatier precisa cómo los americanistas podían "triunfar de todas las resistencias..." "Redoblando —afirmaba— sus protestas de sumisión a la " Santa Sede, cubriendo todo esto bajo la soberanía del " Papa, haciendo protestas de una plena obediencia a sus " direcciones."[75].

y de nuestra abstención —precisaban—, hemos juzgado que no debemos diferir por más tiempo nuestra respuesta y expresar a Vuestra Santidad la más profunda gratitud por la Carta verdaderamente apostólica con la cual Vuestra Santidad ha reprimido, con tanta firmeza como clemencia, aquellos errores de los que algunos de nuestros conciudadanos no están exentos... Y al mismo tiempo, no podemos evitar expresar nuestro dolor y nuestra justa indignación al ver un gran número de ciudadanos, y sobre todo, un gran número de periodistas católicos, afirmar que reprueban y rechazan esos errores y, sin embargo, no dudan proclamar en toda ocasión, a la manera de los jansenistas, que casi ningún americano ha sostenido esas falsas opiniones erróneas y que la Santa Sede, engañada por falsas informaciones, ha descargado el golpe en el vacío y perseguido un fantasma..." A la luz de estas últimas palabras, cómo no sorprendernos de que el abate Klein, cuyo nombre estuvo igualmente mezclado en este asunto, haya escogido por título de su cuarto libro de "memorias": **Una herejía fantasma: El Americanismo** (publicada en 1948).

[73] Número del 12 de marzo de 1899.

[74] Número del 24 de marzo de 1899.

[75] Véanse dos artículos aparecidos en **Le Journal de Genève** el 20 de octubre de 1898 y el 19 de marzo de 1899.

Y siempre bajo signo protestante, en "La Revue Chrétienne" [76], uno de los protagonistas del movimiento, el renegado abate Charbonnel, escribía: "...Es precisamente " lo que sucederá, es así como se hará el porvenir más te- " mible para la Iglesia católica. El abate X, y los defensores " del americanismo, sin querer oír razones, se encerrarán " en sus promesas de obediencia y de fidelidad, y extende- " rán las ideas activas que despertarán la independencia " personal, la vitalidad libre de las conciencias. ¡Tanto me- " jor! Nosotros no tendremos que hacer otra cosa que ob- " servar cómo se realiza su obra poco a poco."

Peligro, por consecuencia, de una táctica valientemente puesta al descubierto por el P. Charles Maignen en "Nouveau catholicisme et nouveau clergé" [77]: "No solamente los " modernos innovadores no pretenden en absoluto romper " con Roma, ni sublevarse abiertamente contra la autoridad " pontificia, sino que han confesado claramente el designio " de acaparar, en cierto sentido, la influencia de esta auto- " ridad misma, y de hacerla servir al advenimiento de su " partido. En el dominio de la teoría, no se trata ya, para " los innovadores de negar un dogma, sino de dar, según " la ocasión, a todos los dogmas un sentido nuevo. En el " dominio de los hechos, no es cuestión de resistir al Papa, " sino de hacer creer a la opinión que los conductores del " partido son los únicos intérpretes fieles del pensamiento " del Papa. Para conseguir sus fines, los innovadores dispo- " nen de dos medios poderosos: uno —que es de todos los " tiempos—, la intriga, por la cual se esfuerzan en hacer " progresar a sus partidos en la Iglesia y en el Estado; " hábilmente para crear simpatías populares [78] hacia esas " corrientes de opinión tanto más perniciosas a la vida de " la Iglesia cuanto más inofensivas y más espontáneas pa- " recen."

Así fue natural ver cómo la ola modernista secunda poco después a este americanismo que, según se dijo, no

[76] Número del 1 de octubre de 1899.

[77] Páginas 435-436.

[78] No hace mucho tiempo hemos podido ver una perfecta ilustración de esta táctica cuando monseñor Chappoulie denunció con toda razón lo que llamó un "galicanismo de prensa".

había existido jamás. Ahora bien, con el modernismo, se conseguirá más que nunca el triunfo de esa táctica de la herejía de negarse a abandonar la Iglesia para actuar secretamente sobre ella.

La misma encíclica **Pascendi**, si bien debía desenmascarar el error, no hizo abandonar a sus secuaces "el designio de turbar la paz de la Iglesia", leemos en el **Motu Proprio Sacrorum Antistitum**[79] de San Pío X: "No cesan, en
" efecto —prosigue el santo Pontífice—, de atraer y de con-
" gregar en asambleas secretas nuevos adheridos y, por su
" mediación, inocular en las venas de la sociedad cristiana
" el veneno de sus opiniones publicando libros y revistas en
" las que ocultan o disfrazan los nombres de los redacto-
" res..."

Ahora bien, ¿qué era el modernismo sino una nueva tentativa, la más insidiosa, la más hábil, la más universal de todas, para intentar realizar el imposible sueño de los católicos liberales y de los americanistas?[80].

"Envolver en las formas tradicionales de la fe popular
" este cristianismo sin dogmas que sueñan los innovadores
" —escribía en 1902 el P. Charles Maignen—, es una em-
" presa que la ignorancia religiosa de las multitudes y el
" liberalismo del nuevo clero harían más fácil hoy que en
" ninguna otra época de la historia."

"Más que nunca —señala monseñor Cauly[81]— el ene-
" migo ha comprendido que en lugar de luchar de frente
" con el catolicismo, era preciso para triunfar, crearse en

[79] 1 de septiembre de 1910. **Actes de Saint-Pío X.** Bonne Presse, t. V, p. 141.

[80] En **Pascendi**, en efecto, San Pío X habla de los modernistas "que hacen suyos" los principios de los "americanistas"; y en la encíclica condena, una vez más, la preferencia concedida a las virtudes llamadas "activas" en detrimento de las virtudes evangélicas calificadas de "pasivas".

[81] **Liberalisme et Modernisme** (de Gigord, 1911), p. 89. El 28 de julio de 1906, en su encíclica **Pieni l'animo**, San Pío X escribía (Actes, B. P., t. II, p. 207): "Es preciso condenar igualmente en las publicaciones católicas todo lenguaje que, animado de un espíritu de novedad malsana, convierta en escarnio la piedad de los fieles, y donde se plantee la cuestión de «nuevas orientaciones de la vida cristiana», de «nuevas direcciones de la Iglesia», de «nuevas aspiraciones del alma moderna», de una «nueva vocación social del clero», de una «nueva civilización cristiana» y «otras cosas parecidas»".

" su seno aliados que trabajen en transformarlo y destruir-
" lo. Para conseguir este fin, el liberalismo intenta, bajo
" el nombre de modernismo, penetrar en el corazón mismo
" de la Iglesia y arrastrar no solamente a los laicos sino
" hasta los sacerdotes encargados de instruirles. Los inno-
" vadores, que profesan las opiniones más contradictorias,
" están de acuerdo para pedir que, en la Iglesia como en la
" sociedad civil, el pueblo sea soberano y que las verdades
" sucesivamente formuladas, transformadas y rejuvenecidas
" por la conciencia universal, se introduzcan en la enseñanza
" dada al clero..."

'Quimera de un liberalismo del cual la herejía moderna no es más que la sistematización audaz", escribirá "L'Unita Cattolica"[82].

Liberalismo y modernismo se daban la mano.

"A pesar de todos los esfuerzos recientes hechos para
" rejuvenecer el carácter del liberalismo —escribía el P.
" Weiss[83]—, el liberalismo es el mismo de siempre. Y su
" carácter consiste esencialmente en una mezcla de moder-
" nismo y de tradición. Mientras que el viejo espíritu ra-
" dical y revolucionario rechazaba y destruía completamente
" toda tradición, a la vez que trabajaba ciegamente en la
" construcción de un mundo nuevo, el liberalismo quiere
" unir las ventajas de la tradición y de la historia con todas
" las novedades... Esta característica de compromiso se
" manifiesta particularmente en la consigna por medio de
" la cual el «liberalismo católico» quiere, en lo sucesivo, fas-
" cinar los espíritus y que es ésta: «Es preciso, a toda costa,
" establecer un compromiso entre el catolicismo y el mundo
" moderno reconciliando a ambos.» Este compromiso hubie-
" se sido el modernismo. Este compromiso la Iglesia no pue-
" de quererlo pues sería preciso dejar en él su dogma, su
" moral, su historia, su vida, y con esto la salvación y la
" vida de la sociedad misma: la Iglesia ni puede ni debe
" admitir tal compromiso."

¿Qué se hizo del modernismo?

Una revista que defendía la causa de la Iglesia, la "Correspondenza Romana", dijo: "El modernismo ha sido ven-

[82] Número del 1 de noviembre de 1908.
[83] P. Weiss, Péril religieux (Lethielleux, París).

” cido por Pío X; pero ha sido el modernismo organizado, ” doctrinal. Queda el estado de alma modernista...”

¿Será esto, por otra parte, juzgar temerariamente el no subestimar demasiado la importancia de ciertas confesiones?

Sea, por ejemplo, aquella del modernista alemán Schell, después de su inclusión en el “Indice”: “Se creía por ello ” desacreditarnos en el espíritu de nuestros partidarios; aún ” más, forzarme por una falta de sumisión, a separarme ” de la Iglesia... Esto hubiese sido el triunfo de mis adver- ” sarios. Mis numerosos partidarios no quieren separarse ” de la Iglesia. A pesar de todas las medidas que pueda ” tomar la reacción, quieren introducir en ella esas tenden- ” cias.” [84].

“Los modernistas permanecen en el catolicismo —es- ” cribiría a su vez un modernista inglés, en el «Journal de ” Genève» [85]— porque es para ellos el único medio de ser ” todavía algo. El día en que fueren separados dejarían de ” ocuparse de ellos y de su sistema. Esto no es muy leal, ” pero es muy inteligente y muy hábil por su parte.”

Y siempre, como los jansenistas en su muy célebre “respuesta” [86] a la encíclica de San Pío X, los modernistas proclamaron: “Tenemos consciencia de ser lo más merito- ” rios entre los promotores del reino de Cristo en el mun- ” do..., los hijos más devotos y los más activos de la Igle- ” sia, los representantes de las más puras tradiciones cris- ” tianas..., los más ardientemente sinceros..., los más pro- ” fundamente religiosos y evangélicos.”

Después, si no al mismo tiempo casi que el modernismo: el “Sillón”.

San Pío X dirá al condenarle:

“Era el día siguiente de la memorable encíclica de nues- ” tro predecesor, de feliz memoria, León XIII sobre la con- ” dición de los obreros. La Iglesia, por boca de su jefe su- ” premo, había derramado sobre los humildes y los peque-

[84] Extractos de la correspondencia de Schell citados por monseñor Cauly, opus. cit., p. 152.

[85] Citado por monseñor Cauly, opus. cit., p. 142.

[86] Le programme des modernistes. Réplique à l'encyclique de Pie X (Nourry, editor, París).

" ños todas las ternuras de su corazon materno y parecía
" llamar con sus deseos a campeones cada día más nume-
" ros de la restauración del orden y de la justicia en nues-
" tra sociedad perturbada... De hecho, el «Sillon» levantó
" entre las clases obreras el estandarte de Jesucristo, la se-
" ñal de salvación para los individuos y las naciones, ali-
" mentando su actividad social en las fuentes de la gracia,
" imponiendo el respeto de la religión en los medios menos
" favorables, acostumbrando a los ignorantes y a los impíos
" a oír hablar de Dios, y frecuentemente, en conferencias
" polémicas, frente a un auditorio hostil, levantándose, esti-
" mulado por una pregunta o un sarcasmo, para proclamar
" altamente y con valor su fe. Eran los buenos tiempos del
" «Sillon»; es su lado positivo, que explica los alientos y las
" aprobaciones que le han concedido el episcopado y la Santa
" Sede, hasta el punto de que este fervor religioso ha podido
" velar el verdadero carácter del movimiento sillonista...
" Vino un día en que el «Sillon» acusó, para los ojos clari-
" videntes, tendencias inquietantes, el «Sillon» se desviaba.
" ¿Podía ser de otro modo? Sus fundadores, jóvenes, en-
" tusiastas y llenos de confianza en sí mismos, no estaban
" suficientemente equipados de ciencia histórica, de sana
" filosofía y de sólida teología para afrontar sin peligro los
" difíciles problemas sociales hacia los que eran arrastrados
" por su actividad y su corazón, y para precaverse en el
" terreno de la doctrina y de la obediencia, contra las infil-
" traciones liberales y protestantes".

Siempre misericordiosa y lenta para castigar, la Iglesia esperó.

Los síntomas del mal, no obstante, se multiplicaban.

Ya el 21 de octubre de 1901, podía leerse en "Le Sillon": "Verdaderos cristianos, Víctor Hugo, Combeferre,
" Courbeyrac: pues todos los que admiten el ideal de belleza,
" de justicia, de bondad, incluso siendo injustos y rencoro-
" sos para el catolicismo (!!), están con nosotros."

Por el contrario, todos pudieron ver al "Sillon" sumarse a los que insultaban a Juana de Arco. ¿Y si hay un nombre susceptible, no obstante de expresar "un ideal de belleza, de justicia y de bondad", no es éste?

El "Sillon" pactaba alianzas con los protestantes e incluso con las "Uniones Cristianas", cuya finalidad confesada

era la de arrastrar la juventud de todos los países a una religiosidad desembarazada de todo dogma.

En 1905, en "L'Univers", aparecían a propósito de Gorki ciertas líneas de Marc Sangnier muy características. Indican lo que podría llamarse brutalmente su "olfato" revolucionario adivinando en este año los primeros signos de la subversión moscovita, la proximidad de este nuevo "Islam", que el fundador del "Sillon" tratará con tanta indulgencia cuando el comunismo llegue a alcanzar el poder. "A estos " anarquistas —escribía— de alma mística y profunda, de " sueños turbadores y dulces (?) que la Santa Rusia encie-" rra piadosamente (¿) en su vasto seno como gérmenes " inquietantes de revuelta y de extraña seducción..., des-" cubrámosles el verdadero (!?) cristianismo y se arrojarán " en él ardientemente, locamente (?), como doloroso final " de sus inquietas búsquedas." ¡En verdad, qué horrible confusión bajo el romanticismo mórbido de este vocabulario! Misticismo de anarquía cuyas trazas aparecen siempre en la víspera de las grandes crisis.

No es extraño, después de esto, que podamos leer, dos años más tarde en "Le Sillon" [87]: "La Revolución de 1793 " no fue antirreligiosa. Un Robespierre, un Danton, un Des-" moulins eran profundamente religiosos (!)... su filosofía " religiosa era la sustancia misma del cristianismo (!) de " la que vivía Francia (!!)."

Se comprende la santa indignación de San Pío X ante estas "paridades blasfemas"... "Evangelio interpretado a " su manera". "Un Cristo desfigurado y disminuido."

El Cardenal Billot será más preciso: "El cristianismo " del «Sillon» —escribirá— está siempre en función de su " democratismo y este democratismo cristiano es una defor-" mación del Evangelio en la ideología revolucionaria."

Siempre el mismo pecado del viejo catolicismo liberal.

Ante la extensión de sus estragos [88], la Iglesia no podía

[87] 25 de abril de 1907.

[88] Para dar una idea exacta de estos últimos estragos en esta época, creemos bastará citar un pasaje de Georges Goyau, extraído de su obra **Autour du catholicisme social** (p. 10), obra editada precisamente el año mismo de la condenación del "Sillon". ¡Para que el admirado Georges Goyau haya podido llegar a escribir lo que sigue, era preciso que el contagio fuese terrible! "Entre las tendencias de Lamennais y las de los cristianos sociales actuales existen pocas

seguir callándose. El "Sillon" fue condenado el 25 de agosto de 1910.

"El soplo de la Revolución ha pasado por allí", escribía San Pío X, después de haber evocado lo esencial de las teorías del "Sillon". "Y podemos concluir —proseguía— que " si sus doctrinas son erróneas, su espíritu, es peligroso y " su educación funesta.

"Nos nos preguntamos, venerables hermanos, en qué " ha quedado convertido el catolicismo del «Sillon». Desgra" ciadamente, el que daba, en otro tiempo, tan bellas espe" ranzas, este río límpido e impetuoso ha sido captado en " su curso por los enemigos modernos de la Iglesia y no " forma ya en adelante más que un miserable afluente del " gran movimiento de apostasía organizado en todos los paí" ses para el establecimiento de una Iglesia universal que " no tendría ni dogmas, ni jerarquía, ni regla para el espí" ritu, ni freno para las pasiones, y que, so pretexto de " libertad y de dignidad humana, consagraría en el mundo, " si pudiese triunfar, el reino legal de la astucia y de la " fuerza, y la opresión de los débiles, de los que sufren y " trabajan..."

¡Condenación severa, pero cuán fundada! Muy explícita y tan motivada que es bien difícil a quien ha leído, aunque sólo sea una vez, la Carta sobre el "Sillon", no acusar de superchería a los que, hoy, van afirmando que San Pío X inculpó únicamente la torpeza de algunas fórmulas y no a la doctrina de Marc Sangnier y sus amigos.

diferencias —afirmaba crudamente—. Y tal vez ninguna: de una parte y de la otra, podéis percibir ese generoso y apostólico deseo de hacer reinar a Dios en las masas y de no tolerar que los trabajadores cristianos, por efecto de circunstancias económicas, sean humillados por bajo de la dignidad de hombres... Bajo el pontificado de León XIII, las ideas cristianas sociales que se exponían o insinuaban en L'Avenir, han vuelto a encontrar su patria. Como los relámpagos cuyo curso puede seguirse sin que se conozca su origen y su alcance, tales ideas surcaban el periódico de Lamennais. Hoy resplandecen, seguras de sí mismas (¿!), con un brillo continuo porque tienen en los doctores de la Iglesia una paternidad auténtica y venerable (¡¡?). Han cesado de sentirse audaces: se sienten cada vez más verdaderas (!!). Habiendo descubierto de nuevo el derecho de ciudadanía en el dogma, han penetrado con arrogancia (!!) en los espíritus, exigiendo, no ya como en 1830, ser toleradas, «sino reinar»".

Nadie ignora que el jefe del "Sillon" "se sometió hu-
" mildemente". Y no hay duda que un primer impulso nos obliga a admirar semejante actitud en horas tan humillantes.

Tenemos, sin embargo, el sentimiento de decir que Marc Sangnier no cesó, durante su vida, de propagar menos las mismas ideas y de servir al mismo ideal.

Nosotros no juzgamos ni tenemos por qué juzgar. ¡Basta consignar hechos!

El 18 de enero de 1920, en "La Democratie", Marc Sangnier escribirá quizá inconscientemente: "¿Hemos tenido
" nunca razones más poderosas para esperar? No lo creo.
" Las ideas por las cuales, **desde hace veinte años** [89], han
" luchado nuestros amigos con una tenacidad tan merito-
" ria (!?) en la buena como en la mala fortuna, triunfan
" ahora por todas partes en Francia."

Ahora bien, precisamente, he aquí lo que aclara singularmente la cosa, porque una sola mirada al texto de la Carta de San Pío X basta para comprobar que las ideas que han triunfado por toda Francia hacia esta época se parecen extrañamente a las del "Sillon", como es fácil de comprobar que continuaron siendo difundidas por Marc Sangnier y sus amigos.

En inteligencia constante con todas las actividades masonizantes, pacifistas y socializantes, no temerá tomar la palabra hasta en las sesiones de la "Liga de los Derechos del hombre", o de intervenir en tales o cuales mitines "laicistas" e "internacionalistas".

Campeón del "pacifismo", será uno de los testigos de descargo habituales en los procesos seguidos a los "objetantes de conciencia", y en los diarios "Le Volontaire", "La Jeune Republique", "L'Eveil des Peuples", artículos o dibujos propagarán, sostendrán y estimularán esta revuelta de las cobardías individuales contra el servicio de la patria.

Bouglé, Albert Bayet, César Chambrun, Pierre Cot, entre otros, serán sus colaboradores.

A través de Francia, Sangnier paseará su Museo: "¿Guerra o Paz?", destinado a inspirar el horror del servicio militar gracias a odiosas reconstituciones de los campos de

[89] En 1920 esto, pues, significaba: desde el comienzo mismo del siglo, o sea, diez años antes de la condenación.

batalla; propaganda fundada en infames equívocos [90], pues bajo pretexto de inclinar las almas a un generoso amor de la paz cristiana, secaba, en realidad, las fuentes del patriotismo, hacía reclutas para la guerra civil y preparaba ese abatimiento del espíritu nacional de la cual Francia sería la primera víctima en 1940.

¡Vigílate! Tal será el grito lanzado desde la cátedra de Notre-Dame de París por el futuro Pío XII [91]: "No es " sólo a los indiferentes a quienes va dirigida esta llamada " —precisará—. Va dirigida también a esos espíritus ar- " dientes, a esos corazones generosos y sinceros, pero cuyo " celo no se ilumina con las luces de la prudencia y de " la sabiduría cristianas. En el arrebato impetuoso de sus " preocupaciones sociales, se exponen a desconocer las fron- " teras más allá de las cuales la verdad cede al error, el " celo se convierte en fanatismo y la reforma oportuna se " transforma en revolución... Desgraciado quien pretendie- " ra hacer pactar la justicia y la iniquidad, conciliar las tinie- " blas con la luz..."

"Hacer pactar la justicia con la iniquidad, conciliar las " tinieblas con la luz", podemos decirlo, es tentación permanente desde hace dos siglos y nos ha proporcionado después de Lamennais y su escuela, el catolicismo liberal, el americanismo, el modernismo, el "Sillon"...

Pío XI, desde el principio de su pontificado, denunciaba lo que él llamaba en **Ubi arcano Dei** "un modernismo jurí- " dico y social" [92]. Siempre el mismo error, igual, semejante.

[90] En un diorama se veía un soldado francés atravesando con su bayoneta a un soldado alemán al lado de un apache asesinando a un transeúnte. "Aquél es un héroe —decía la leyenda—, pero este otro es un asesino."

[91] El 13 de julio de 1937.

[92] "¿Cuántos son los que admiten la doctrina católica sobre la autoridad civil y el deber de obedecerla, el derecho de propiedad, los derechos y deberes de los obreros agrícolas e industriales, las relaciones del poder religioso con el poder civil, los derechos de la Santa Sede y del Romano Pontífice, los privilegios de los obispos; finalmente, los derechos de Cristo, Creador, Redentor y Señor, sobre todos los hombres y sobre todos los pueblos? Sin embargo, estos mismos católicos hablan, escriben y obran como si las enseñanzas y las órdenes dadas en tantas ocasiones por los Sumos Pontífices,

Durante el "frente popular" en Francia, hemos visto a los "rojos-cristianos", a pesar de los pasajes bien claros de la encíclica **Divini Redentoris**, tomar partido por los verdugos de la católica España.

¿No hemos llegado a un tal ideal de "Nueva Cristiandad" en el que incluso los católicos poco afianzados en los principios de su fe corren gran riesgo de ser encarcelados como perturbadores [93] de una paz social hecha toda ella de

especialmente por León XIII, Pío X y Benedicto XV, hubieran perdido ya su valor primitivo o estuviesen ya completamente anticuadas.

"Esta manera de obrar constituye una especie de modernismo moral, jurídico y social; Nos lo condenamos con la misma solemnidad con que condenamos el modernismo dogmático.

"Hay que renovar, por tanto, las enseñanzas y las órdenes que hemos referido; es necesario despertar en todas las almas la llama de la fe y de la caridad divina, que son los únicos medios indispensables para la inteligencia plena de estas enseñanzas y para el cumplimiento exacto de aquellas órdenes. Esta renovación ha de realizarse principalmente en todo cuanto toca a la educación de la juventud, sobre todo de la que tiene la dicha de formarse para el sacerdocio; para que esta juventud, en este cataclismo social y en esta perturbación ideológica, no ande fluctuando, como dice el Apóstol, y se deje llevar de todo viento de doctrina por el engaño de los hombres, que para engañar emplean astutamente los artificios del error." (**Ubi arcano Dei**, paráf. 83-86.)

[93] **Los fundamentos de la democracia** (artículo publicado en el diario **El Pueblo**, de Buenos Aires, 13 de mayo de 1945). "Aquí, si queremos ser claros en nuestro pensamiento y no tener miedo a las palabras, debemos señalar que allí donde hay fe divina o humana, allí se encuentran también herejes que amenazan la unidad de la comunidad, sea religiosa, sea civil. En la sociedad sacral el hereje era aquel que rompía la unidad religiosa. En una sociedad laica de hombres libres, el hereje es aquel que rompe las «creencias comunes y prácticas democráticas»; el totalitario, aquel que niega la libertad —la libertad de su vecino— y la dignidad de la persona humana y el poder moral de la ley. No deseamos que sea quemado, o expulsado de la ciudad, o puesto fuera de la ley, o arrojado en un campo de concentración. Pero la comunidad democrática debe defenderse contra él, sea materialista, idealista, agnóstico, cristiano o judío, musulmán o budista, teniéndole apartado de su gobierno por el poder de una opinión pública fuerte y bien informada e incluso entregándole a la justicia si su actividad es un peligro para la seguridad del Estado." Así, en la "nueva cristiandad", el delito punible de ex comunión fulminante sería la negación de libertad "libertaria" de la persona humana, y el católico que sostuviese el derecho público cristiano de **Inmortale Dei** de León XIII y de **Quas Primas** de Pío XI debería ser entregado a la justicia como un violador del nuevo derecho público cristiano.

indiferencia religiosa? "Cristiandad nueva" que nosotros vemos cada vez más opuesta a la concepción tradicional de una unidad social realizada en la fe de Cristo y de su verdadera Iglesia [94].

En fin, nadie ignora la invasión de un "progresismo" más o menos mitigado, tipo semejante a una quinta columna que la Revolución no puede menos que desear mantener entre nosotros.

¿"Cómo descubrir los proyectos del enemigo"? Bajo este título en **L'Homme nouveau**, Paul Morin ha hecho algunas observaciones muy pertinentes:

"El relato de las persecuciones soviéticas, de su lejana " preparación, del encadenamiento de los hechos, debe servir " de lección a los católicos de Francia.

"El partido comunista sabe que la Iglesia Romana no " se dejará domesticar. Su carácter universal y la intran- " sigencia de su doctrina hacen de ella un adversario irre- " ductible del materialismo ateo. Por ello el partido stali- " niano ha jurado hacerla desaparecer.

"¿Cómo se prepara este proyecto en Francia? Es fácil " deducirlo por analogía con lo que pasa en los países de " experimentación. Se trata de preparar por todos los me- " dios una eventual separación de Roma.

"— Selección de algunos miembros del clero discreta y " clandestinamente incritos al partido, y preparados en el " papel de conductores en la hipótesis de una república po- " pular.

"— Disociación de las tendencias complementarias que " mantienen tradicionalmente en Francia un equilibrio vivo. " Esta disociación ha alcanzado tal importancia que no se " ve ya apenas, en ciertos casos, la posibilidad de una acción " común y fraternal entre los representantes de estas dife- " rentes corrientes. Es fácil darse cuenta a quién sirven " estos antagonismos.

[94] "Hemos sido muy lentos en apercibirnos de que la unión que existía en la Edad Media entre la Iglesia y el Estado constituía una anomalía (¡) más que una norma cristiana" (!!!). P. Víctor White, O. P. (en la gran revista The Commonwealth del 4 de septiembre de 1953).

"— Denigración sistemática de las formas tradicionales
" de la piedad y de la vida católica.

"— «Mea-culpismo» o manía de auto-acusación con respecto de la Iglesia católica.

"— Conjuración del silencio con respecto a cuanto procede de Roma, sobre todo en cuanto a los documentos
" que mantienen los valores tradicionales.

"— Desafección con referencia al dogma y, sobre todo,
" de la teología clásica.

"— Encaprichamiento por una liturgia en lengua francesa.

"— Reducción del cristianismo a la «caridad», palabra
" que cubre todos los abandonos, todos los compromisos, y
" adormece en los cristianos el instinto de defensa.

"— Liberalismo con respecto a las doctrinas condenadas por las encíclicas de los papas y, sobre todo, en lo
" que se refieren al protestantismo, a quien parece haber
" correspondido entre nosotros el papel jugado por la ortodoxia en Rumania.

"— Mística de la adaptación realista que parece preparar eventualmente el acuerdo de la Iglesia con formas políticas juzgadas inconciliables con la fe por los retrógrados.

"— Mística de lo «social ante todo»".

¿Cómo no ha de estar satisfecho el enemigo?

"Conocemos ejemplos de sociedades donde poco a poco
" se ha sugerido a los profanos que el abandono del egoísmo
" tradicional es más ventajoso desde todos los puntos de
" vista. Que el interés particular es solidario del interés
" general y que nada vale tanto como una leal cooperación,
" incluso con sacrificios y renunciamientos. Esas sociedades,
" aunque compuestas de elementos reaccionarios, llegan ahora a hacer el juego a la masonería sin saberlo" [95].

¡Hacer masonería sin saberlo!

Marcel Déat dijo ya en su "informe general" al cuarenta y siete Congreso de la "Liga francesa de la Enseñanza" (p. 11):

"Debo decir que esta actitud de espíritu es fecunda y

[95] Extracto de la memoria del Convent du Grand Orient de France (1931), página 108.

” es, en efecto, más eficaz desde muchos puntos de vista,
” por la actitud de un gran número de católicos franceses,
” los cuales, para la desgracia de la Iglesia y para gozo
” nuestro, podemos decir que son algunas veces anticlerica-
” les, a menudo no «beatos» en absoluto, y después de todo
” no son más que unos católicos de observancia exterior,
” que no tienen ningún cuidado de obedecer las indicaciones,
” sin embargo, bien características que el papa les da en
” sus encíclicas sucesivas.”

Domingo E. Taladriz, San Juan 3875, Bs. As.

